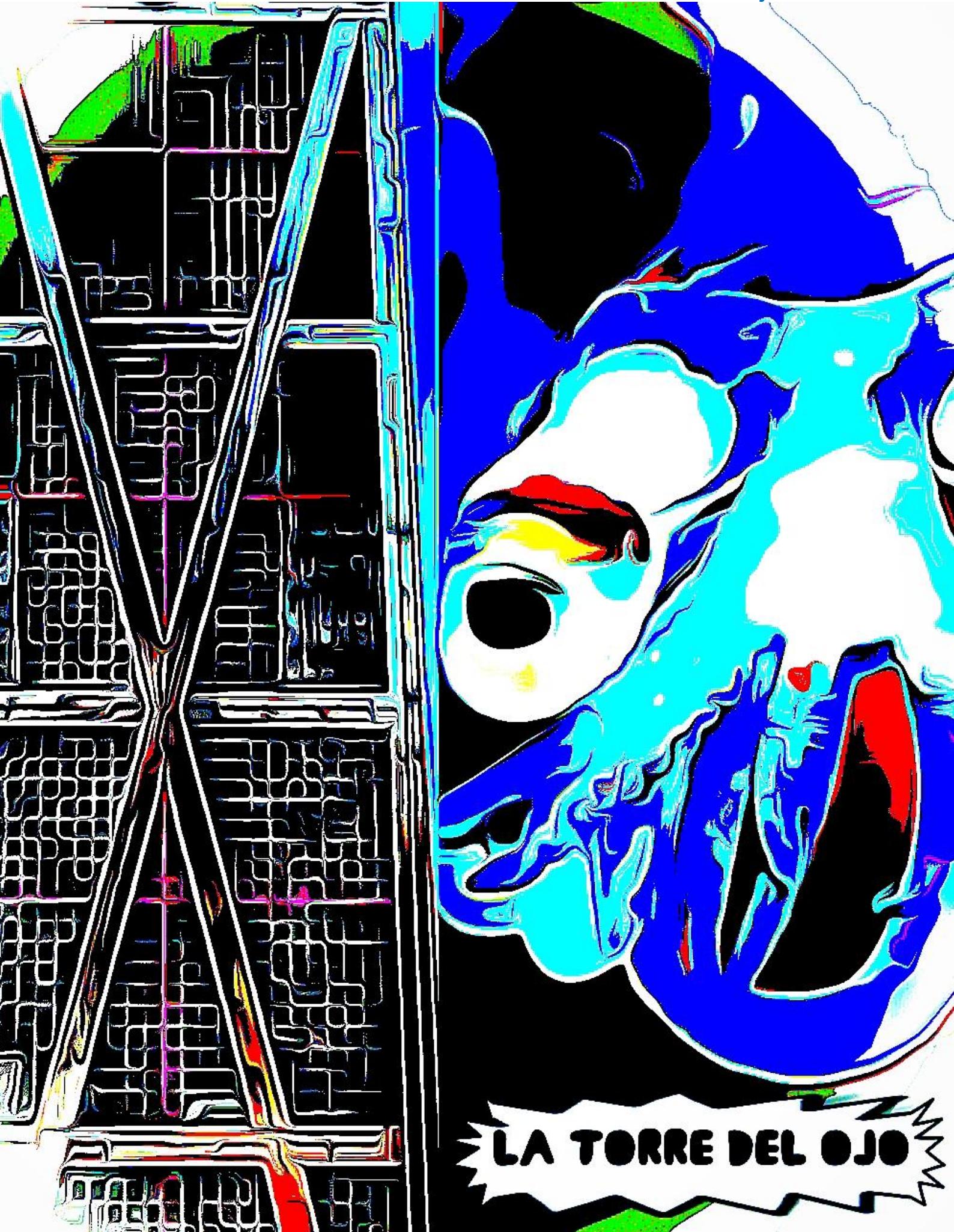


LA TORRE DEL OJO

Año I — Número 4

Revista de literatura y cultura





LA TORRE DEL OJO

Revista de literatura y cultura

www.latorredelojo.com

NÚMERO 4

Diciembre 2025

ISSN: 3101-2167

DIRECTORES

Felipe Díaz Pardo

Fernando Martín Pescador

COLABORACIONES

Raquel Bordóns

Jesús Cepeda

Carmen Ciria

Susana Coyette Urrutxua

Fernando Escudero Oliver

Benito García

Manuel Hernández Andrés

Juaco

José Ramón Guillem García

Juan José Jurado Soto

Tina de Luis

Luis Carlos Marco Bruna

Remedios Nieto Lorca

José Manuel Pérez González

Miguel de los Santos

Francisco José Segovia Ramos

Silvia Sotomayor

ILUSTRACIONES

Almudena / ARTECROMÁTICA



CONTACTO

latorredelojo@gmail.com

Enviar colaboraciones a esta dirección de correo.

La torre del ojo no se responsabiliza, necesariamente, de las informaciones y opiniones expresadas por sus colaboradores.

Editorial

Por Fernando Martín Pescador

Recapitulemos, pues es este el último número del año 2025, dejando siempre claro que recapitular no es capitular dos veces. Tras cuatro números, el proyecto de *La torre del ojo* pasa a ser de ilusionante a *ilusionador*. Y hasta cierto punto ilusionista. Cada uno de los números se parece un poco más a lo que queremos. La puerta que abre cada ejemplar nos lleva a una habitación con muchas más puertas. Todas apetecibles. Todas tentadoras.

Sabemos que queremos ser un proyecto global y ya hemos publicado voces de muchos rincones de España, de Paraguay, Argentina y Brasil. Hemos recomendado libros estadounidenses, peruanos, argentinos, ingleses y españoles; hemos hablado de películas de Hollywood, pero también españolas. Hemos publicado en español, inglés, alemán, aragonés y catalán. Hemos publicado teatro, poesía, cuento, una historia gráfica, ensayo y opinión. Hemos hablado de literatura, historia, pintura, música, cine y de la etimología de las palabras. Hemos hablado de iniciativas editoriales, de conciertos, de grupos y de certámenes literarios.

Nuestro producto final en pedeefe no deja de tener un regusto a *fanzine*, que, esperamos, agrade a nuestros coleccionistas. Pero *La torre del ojo* está concebida para ser leída *online*, en línea, línea tras línea. *La torre del ojo* está concebida para interactuar constantemente con sus lectores, que son, a su vez, sus autores.

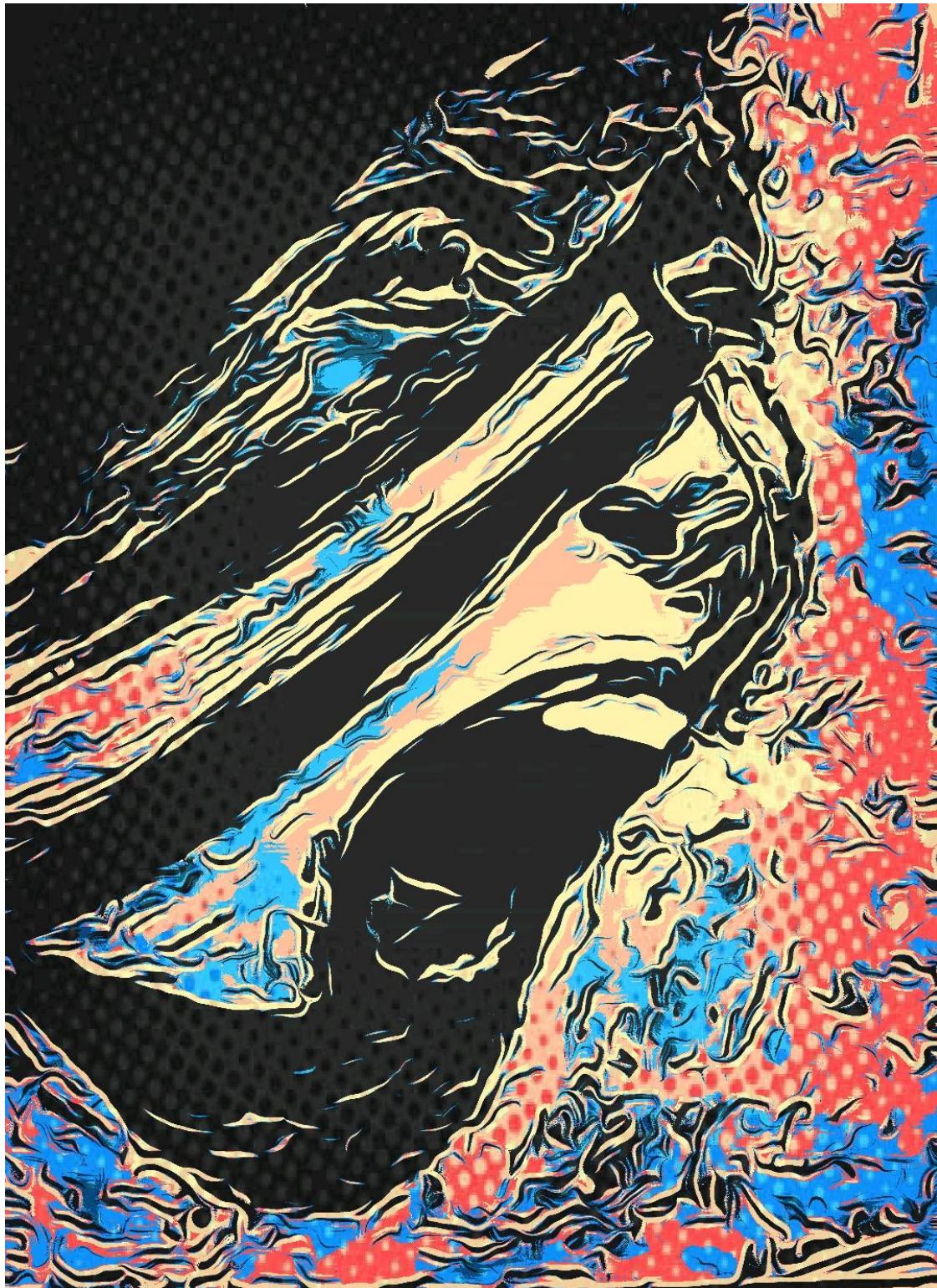
Por último, queremos hacer hincapié en el aspecto visual de la revista *online*. Cada mes está ilustrada por un autor distinto, convirtiéndose así en una exposición, extensa, de su obra. Este número de diciembre es especial porque las ilustraciones son de varios autores, todos ellos pertenecientes a Artecromática, la iniciativa artístico-educativa y creativa de Almudena López Zarpuz. Pero de Almudena, ya sabrán ustedes muchas cosas a final de diciembre gracias a este número de *La torre del ojo*. De momento, quedense con lo esencial: yo, de mayor, quiero ser como Almudena.

Contenidos

Una sociedad con miedo a sentir	página 3
Almudena / ARTECROMÁTICA	
Diciembre	página 5
Raquel Bordóns	
Miedo a ser, a existir	página 7
Silvia Sotomayor	
Donde habita el verbo	página 8
Remedios Nieto Lorca	
Paseo otoñal	página 9
Carmen Ciria	
El otoño y sus poetas	página 10
Tina de Luis	
Y volvieron	página 13
Juaco	
La memoria	página 14
José Manuel Pérez González	
La taberna de Aqueronte 2	página 16
Benito García	
Movimiento perpetuo	página 20
Luis Carlos Marco Bruna	
Vampirismo	página 21
Susana Coyette Urrutxua	
Asuntos familiares	página 22
Felipe Díaz Pardo	
Queridos Reyes Magos	página 23
Manuel Hernández Andrés	
Navideña...	página 25
Fernando Escudero Oliver	
<i>Seis problemas para don Isidro Parodi</i> , de Bustos Domecq	página 29
Miguel de los Santos	
La pintura y el cine en la Generación del 27	página 32
Felipe Díaz Pardo	
Espontáneas a dos voces	página 41
Fernando Martín Pescador	
La lectura de hoy en día (triste)	página 43
José Ramón Guillem García	
Palabras “de moda”	página 46
Juan José Jurado Soto	
Stephen King: denominación de origen	página 51
Fernando Martín Pescador	
Christine de Pizán, la primera escritora profesional	página 55
R. Kipling	
El mejor regalo (relato histórico)	página 60
Tina de Luis	
Esta noche se nos muere un año	página 64
Francisco José Segovia Ramos	
Agenda 2025–26	página 65

UNA SOCIEDAD CON MIEDO A SENTIR

Almudena / ARTECROMÁTICA^{*}



* Búscate un trabajo serio. Gracias, prefiero uno que me haga feliz. **Almudena López Zarapuz**, artista multidisciplinar, fundadora del espacio creativo para jóvenes artistas **ARTECROMÁTICA**. De profesión, feliz.

Siempre me preguntan por qué tengo un estilo pictórico tan agresivo e intenso, que resulta contradictorio teniendo en cuenta que me dedico a enseñar arte a niños. En realidad, lo que, para muchos, es agresivo o intenso, para mí, son emociones y sentimientos.

Y, con ello, me gustaría poner en valor la importancia de la inteligencia emocional y la salud mental como base para futuros adultos sanos y felices.

Me considero una persona afortunada por tener el privilegio de poder transmitir valores y emociones a través del arte. Que es sano sentir, que las emociones no son malas ni buenas. Son eso, emociones. Que somos personas, no máquinas. Que no pasa nada por sentirnos y contarlas, ya sea verbalmente o a través de cualquier otra vía que nos ayude a canalizarlas, que normalicemos expresar sentimientos... Perdamos el miedo a sentir, permitámonos ser humanos, ser personas sanas mentalmente y desarrollemos nuestra inteligencia emocional.

En una sociedad en la cual las tecnologías van ganando terreno, algo totalmente razonable siempre y cuando se apliquen, como su nombre indica, a los campos de la tecnología y no eliminén la parte humana y personal, el arte se nos insinúa como una necesidad básica, una vía realmente saludable para conseguir expresar esas emociones.

A mí los libros me salvaron, fueron mis amigos, mis confidentes, mis referentes, fuente de inspiración y de sueños... y la pintura, el complemento perfecto, mi vía de expresión en un mundo en el que aún me sigo sintiendo una extraña. Nunca encajé de niña y ahora, de adulta, sigo sin hacerlo. ¿Y sabéis qué os digo? Que me alegra.

Soy artista, pero, ante todo y lo más importante, soy una persona libre. Libre de sentir y de expresar sus emociones, libre en un mundo en el que ser libre emocionalmente se considera una locura. Pues llegados a este punto... ¡qué vivan los locos!

Diciembre

Raquel Bordóns*



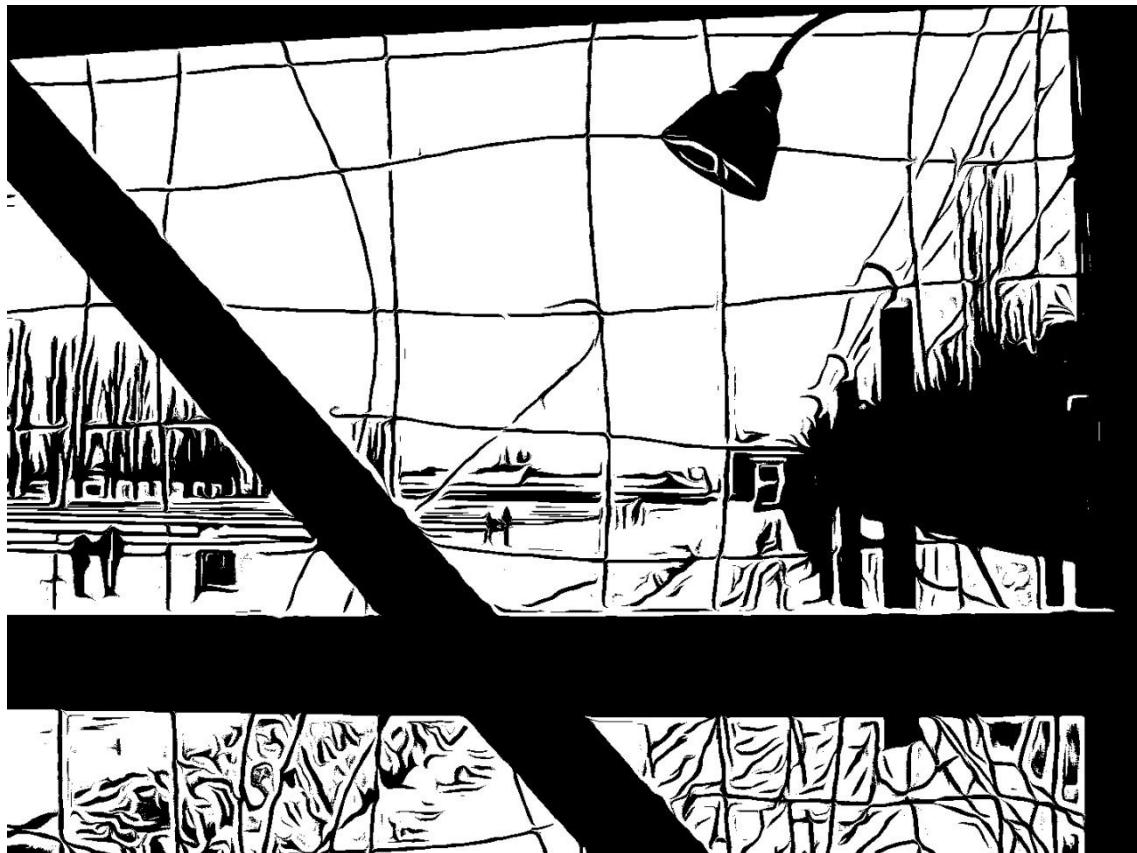
Firmaba mi relato de noviembre como «Raquel Bordóns, superviviente, como mínimo, hasta el mes de noviembre». No me imaginaba hasta qué punto una frase puede pronosticar un futuro. El 1 de noviembre tuve un gran accidente que partió en dos mi brazo izquierdo, segando de raíz gran parte de mis actividades diarias. Me sumé a mis propias palabras, que marcaban la muerte y la resurrección de un momento de nuestra vida.

* Atenta expectante de las sorpresas de la vida.

Diciembre, por tanto, se presenta diferente. Después de una gran cirugía y de dejar de lado mi moto, mi 4x4, mi trabajo, mi montaña, se presenta ante mí este décimo mes del calendario romano listo para la introspección, el frío, la meditación y la recuperación. Diciembre. Rómulo lo nombraría como *decem* (diez en latín) - *bris* (del término *ber-* llevar), aunque algunos atribuyen su nombre a la expresión *ab imbre* (después de las nieves).

Qué curioso este décimo mes, que más adelante iría seguido por los que, ya en el calendario juliano, serían enero y febrero. Pero todavía en tiempos romanos iba seguido de un vacío en el que se mecían inseguros los siguientes días del invierno sin merecer pertenecer a los meses invernales. Saltaríamos, pues, del solsticio de invierno abrigado por el mes de diciembre al equinoccio de primavera en el que el mes de marzo resurgiría poderoso, adornado por las flores, para poder presidir como mes Uno ese calendario romano.

Igual se mecen inseguros para mí los días del invierno posteriores a diciembre, augurando una reconstrucción basada en un esfuerzo férreo que, con seguridad, me harán aterrizar en un marzo florido, pero quién sabe de qué sorpresas estará plagado.



Miedo a ser, a existir

Silvia Sotomayor*

Nos faltó valor para entregarnos
y dejar de vivir para existir.

Nos faltó coraje para amarnos
y permitirnos ser, estar, parecer y sentir.

Nos sobró el arcaico soliloquio de almohada
y el rancio sueño recurrente
que limita y condiciona la mente
condenando para siempre al corazón a muerte.

Nos faltó desnudarnos sin vergüenza
como desnudamos contenidas
las calles de Madrid.

Nos faltaron bocas enredadas,
caricias de salitre atropelladas...
Nos faltó decirnos sí.



* Silvia Sotomayor Rodríguez (Madrid, 1981) es profesora de Lengua Castellana y Literatura en el colegio Mirasur de Pinto (Madrid). *Sentir en verso, rimas para el cielo y la tierra* (Círculo Rojo, 2021) es su primer poemario. En breve verá la luz *Placeres y pecados*, su segundo libro de poemas. Su página web es www.silviasotomayor.com



DONDE HABITA EL VERBO
(POEMAS ENCARCELADOS)
Remedios Nieto Lorca*

En el ojo del tiempo
habita el verbo.
El silencio
en los campos quemados.
En el cierzo
los vientos sombríos.
La semilla
en el surco herido.
Insomnes
me pasan las llamas
de lo recordado. Reavivan
las noches
con su pira encendida.
En el verbo habita
también el silencio.

Su rumor
en el húmedo cuerpo
del río.

* Remedios Nieto Lorca (Montefrío, Granada), especialista en creación literario. Entre los géneros de poesía, prosa y cuento, tiene editados doce títulos.

Paseo otoñal

Carmen Ciria*



Huelen a otoño las hojas húmedas del parque
en esta rota lumbre de noviembre. Aplasto, como un niño,
sus matices naranja, marrón, ocre en un revuelo
dorado que alborota el sueño de las alas.
Los bancos del paseo parecen desear que un caminante
se detenga y los habite, alguien que ya se haya librado
de la terca proyección de la memoria,
alguien de piel ilesa que espere todavía
el frescor de la savia y su destello en el color del ocaso.
Y en mi deambular apacible encuentro
un solitario sauce, curvada aún su alma
por el llanto amarillo de las hojas a punto de caer,
mas aguantando, deteniendo su rumbo
en una obstinación heroica que sólo el caminante aprecia
bajo los impasibles escarlatas del cielo.

* Carmen Ciria, nacida en Soria, vive actualmente en Huelva. Ha sido profesora de Lengua y Literatura Castellana en un instituto de Enseñanza Media. Tiene una dilatada trayectoria como poeta con varios libros publicados, el último, *El universo irregular del corazón*, ha sido editado en Madrid por la editorial Endymión en 2023.

El otoño y sus poetas

Tina de Luis*

Me contaron del otoño, me inquietaron:
de ocasos, de vejez, de cenizas, de asperezas,
de frío y viento, de sombra y bruma.

Infustas notas lo tildaron sin clemencia.

Se acordó **Manuel Machado** en dicha época
de historias tristes, sin poesía...

Extraño parecer, pues el otoño inspira eternas trovas.

Hoy una mano de congoja llena de otoño el horizonte.

Y hasta de mi alma —el de Neruda—, caen hojas.

Caen despojadas frondas, sí, pero los árboles siguen
erguidos, afrontando con orgullo el tiempo ingrato.

Aunque desnudos, volverán a revestirse de paisaje afable.

Miguel Hernández se lamenta: *Todo es crepúsculo...*
...otro otoño triste ha llegado sin ti.

Y así versa **Octavio Paz** en singular anhelo:

Busco unas manos, una presencia, un cuerpo...
... un roce, un son, un giro...

Y quien lo halla... ¿puede recibir mejor ofrenda?

Si hay labios que sueñan labios, y manos que sueñan pájaros...,
hay corazones que sueñan, llenos de encanto.

Aún transitan nuestras ansias por las venas.

Carmen Conde concluyó: *se deshizo el otoño de sus plumas,*
y yo digo que es posible alzar el vuelo con el alma.



* **Tina de Luis** ha compaginado la enseñanza con su pasión por la escritura. Además de colaborar con poemas, cuentos y relatos en diversas páginas y publicaciones, tiene editadas diez novelas: infantiles, juveniles y para adultos.

El otoño fue remate en mi conciencia. No es verdad,
no todo acaba. *Juana de Ibarbourou* se sincera:
Nuestro idilio comenzó en un otoño.

Y él siempre me ponía violetas en las trenzas.

Tan lejanos concebía los confines que asumí juicios,
confié en letras. Postura ingenua. Cada mortal
experimenta y aprehende a su manera.

Con Ilaneza, *Gloria Fuertes* se descubre: *En el otoño
pliso los visillos, estoy como una cabra en primavera.*

Gloriosa libertad expresarse sin barreras. Mas, por hablar,
cuánto ajeno a tal edad nos lo cuenta cual versado.

No siempre expone su sentencia del otoño el otoñal;
Incauto, se lo permite aquel que excluye a tientas.

¿Puede cantar al amor quien no lo entiende?

¿Y describir allende el mar quien nunca lo cruzara?

Triste lienzo me pintaron de una estación tan rimada,
la extirpé de mis quimeras, la temí, la relegué...

Ahora, desde la cima misma de la escala, discrepo.

Comparto, en esta aserción, los ánimos de *Darío*:

¡Aún hay promesas de placeres en los mañanas!

Salgamos a buscarlas mirando hacia delante por
la alameda dorada que *Machado* nos franquea.

Retorna el fogoso amor en etapa de demérito arbitrario,
cuya suntuosa cola aún brilla hacia el oeste,

nos precisa *Ángel González* en su estrofa.

Por favor, no conviertas el otoño en decadencia:
es ópalo y es granada, ímpetu y calma.

El otoño enciende, el otoño aplaca. *Gozad*
del sol —como *Darío*—, *de la pagana luz de sus fuegos.*

Al otoño, *Margarita Carreras* da sentido:

*No eres fin, sino pausa dorada, el corazón se aquiega
para escuchar su propio latido, en palpitarte que no cesa.*

Como ella, yo no pujo por finales ni vacíos,



reivindico un otoño de vivencias plenas,
de renovación, vendimia y sementera.

Juan Ramón Jiménez, con mesura, muestra su afecto a la tierra:

...la sencilla mano abierta dejaba la semilla en su entraña...

Y hace nacer las formas embriagadas, prosigue Octavio Paz.

¡Cuánta belleza suelta!

Me seduce Lugones, cuando afirma:

La... rosa... es más hermosa cuanto más tardía.

Incluso *de bosque de oro y duradero* habla Brines con acierto.

¿No es muy coquetón el otoño de M. Elena Walsh, ese gran
señor que colorea? *También es pintor... y del bolsillo
de su pantalón saca un incendio color de limón.*

*Dicen que el señor tiene en el cielo un enorme taller
donde hará caramelos de azúcar del atardecer.*

Poemas entusiastas, como este, se crearon y perduran.

Yo extrapoló, pues elijo un muestrario de lo hermoso.

Rubén Darío proclama: *No obstante, la vida es bella,*
lavemos bien de nuestra ropa la amarga prosa,
aún siente nuestra lengua el gusto de la manzana.
Apartad el temor que os hiela y que os restringe.

De esa forma gratifico al sentimiento y me complazco,
así me lo pide el corazón y así lo quiero.

Tal vez antaño vistiera el otoño otras prendas.

O quizá se anticiparan consecuencias.

Y acabo —¿o es comienzo?—, con los versos sabios
de J. Ramón Jiménez, donde el *Otoño ... se lleva al infinito el pensamiento.*
¡Encantamiento de oro! ...en que el cuerpo,
hecho alma, se entremece, echado en el verdor de una colina!
La vida se desnuda y resplandece...

Yo lo emulo, me desnudo de aflicción y pesimismo.

Acentúo este periodo y sus cadencias. Me arrellano
en el remanso que, aun nostálgico, se renueva y entreteje.

El invierno aún queda largo, tras senda gentil y complaciente.

Y VOLVIERON

Juaco*



Y volvieron los adoradores del becerro de Oro
y fueron, cada vez más, legión.
Y en su soberbia
como a un pozo infinito
arrojaron la razón.

Les prometieron dádivas, libertad,
mientras ellos, de manera soterrada e inconsciente,
fabricaban las cadenas de su perdición
arrastrándose por el lodazal,
otras por el polvo apenas levantando la testud,
la boca abierta intentando respirar,
gritar.

Eran legión, dispuestos a todo por su libertad.
¡Libertad! ¿Qué libertad? ¿La suya?
Empuñaban, a duras penas,
las armas de sus dueños
por una ración de puls
dispuestos a matar al otro,
sin darse cuenta de que el otro, los otros,
de manera cruel, serían ellos.

Cuando intentaron ponerse de pie,
mientras gritaban: ¡Libertad!
un escollo, de hierro,
lo impidió.
Eran las cadenas que ellos mismos construyeron,
mientras les prometían libertad.

Y volvieron los adoradores del becerro de oro
y fueron, cada vez más, legión.
Y en su soberbia, infinita,
perdieron la razón.

* Joaquin Miñarro es un artista plástico, poeta y escritor.



La memoria

José Manuel Pérez González*

Los besos que di son lo que he vivido,
un sueño fue la carne en mi esqueleto,
baile mortal el movimiento quieto,
gotas de puro azar lo que he querido.

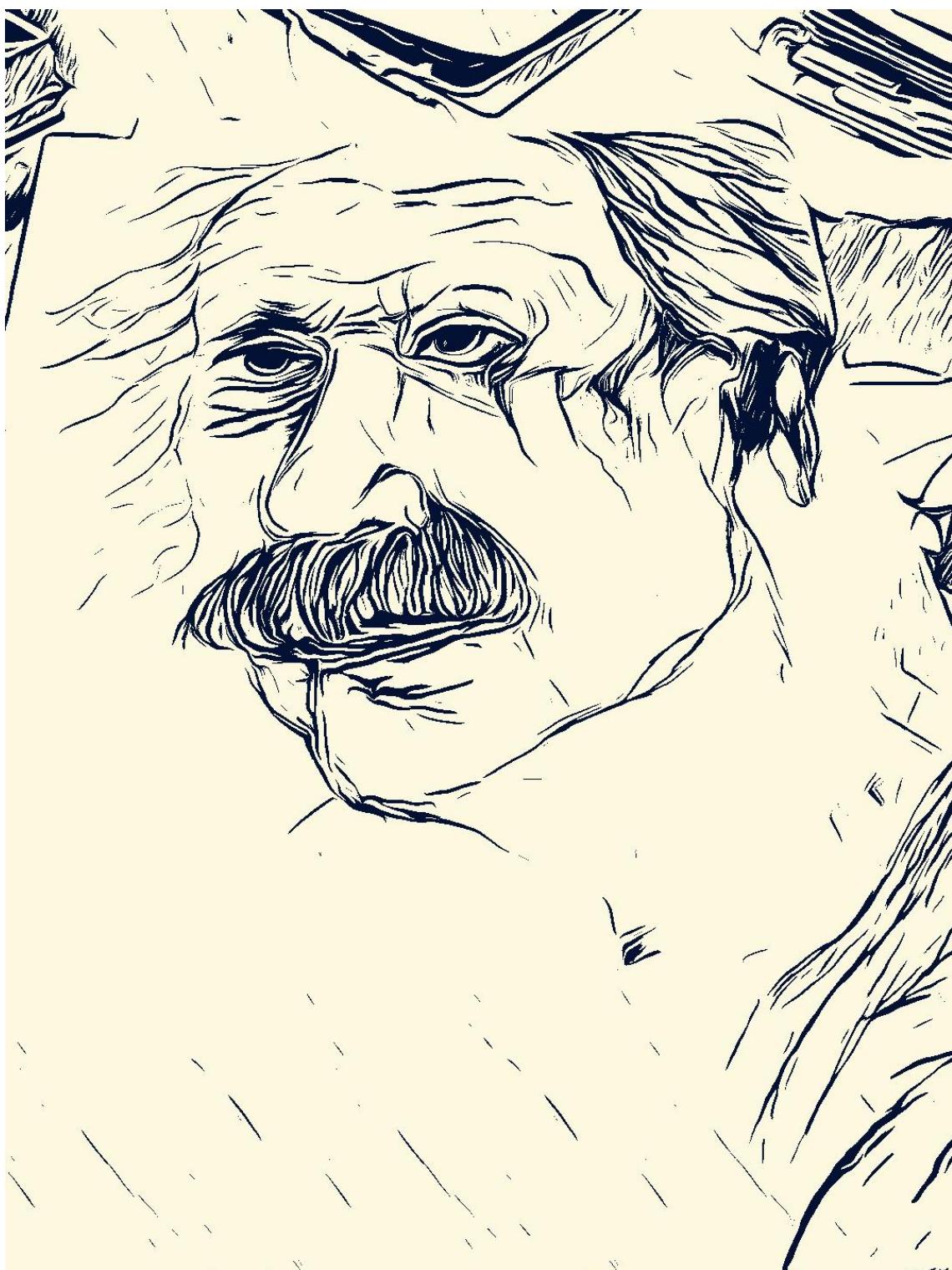
Escribí en labios breves mi memoria,
me ahogué en mí sin consumarme en ellos
me deslumbré en sus tímidos destellos:
Así contada es fácil nuestra historia.

No vino la mañana alborozada
siempre, fue la sombra acogedor techo,
mas abrió el corazón el día, ansioso.

Llegó, alba mortal hasta mi almohada,
llegó la noche hiriente hasta mi lecho,
vino la hora del grito silencioso.

Madrid, 22 de noviembre de 2025

* José Manuel Pérez González ha sido profesor de instituto cuarenta años. Ha publicado unos 800 artículos de temas educativos, algunos de los cuales están recogidos en *Empezar con mal pie* (2023) y *Acabar de mala manera* (2024). Ha publicado ocho libros de poesía, reunidos en “*Obra poética (1969-2006)*”. Tiene varios poemarios inéditos, esperando ser publicados.



Ficción

LA TABERNA DE AQUERONTE 2

Benito García*



La madrugada seguía resistiéndose a ceder su lugar a la luz del sol.

Tras el desafortunado encuentro con la singular pareja surgida del subsuelo, consideré cubierto mi cupo de sobresaltos nocturnos y proseguí mi camino con algún que otro rodeo, volviendo sobre mis pasos en un par de ocasiones para asegurarme de que nadie me seguía hasta mi humilde morada, entre los muros de un viejo edificio que resultaba discretamente modernista, en comparación con las recargadas fachadas que lo flanqueaban. Abrí con sumo cuidado la pesada puerta de alerce, intentando que los viejos goznes no despertasen al vecindario y la cerré tras de mí. La portería del edificio seguía vacía desde que su antigua inquilina la abandonase tras toda una vida fregando escaleras de lunes a domingo, y durmiendo en un jergón de lana raído en aquel pequeño cuchitril donde convivían dormitorio, cocina, baño y comedor.

* Me llamo Benito García. Recuerdo haber escrito desde los 10 años. Como buen emeritense, medio romano, vivo con un pie en la cultura clásica, que irremediablemente asoma siempre que cojo un lápiz o un teclado, entrelazado con todo lo que mis eclécticas lecturas han ido dejando escondido en mi memoria.

Subí las escaleras hasta el segundo piso, atento a cualquier presencia extraña en los rellanos. No era infrecuente que algún ratero se colase, o sorprender a una pareja que recurría a la intimidad que los recovecos de las escaleras ofrecían para sus cinco minutos de desfogue. Ni siquiera hice ademán de pulsar el interruptor de la luz: nadie se molestaba ya en cambiar las bombillas que se iban fundiendo.

Llegué hasta la puerta del viejo despacho sin sobresaltos, y mi improvisado hogar me recibió en silencio. Cerré la puerta mientras colgaba de manera mecánica mi abrigo en un enorme perchero de latón. Encendí la luz para no tropezar en aquel desorden: cajas con libros todavía sin encontrar su lugar en los estantes, archivadores con papeles y legajos totalmente prescindibles y objetos inútiles que arrastraba a lo largo de mi existencia, de una ciudad a otra. Al fondo, en un armario embutido tras la mesa de roble que se interponía entre la puerta y la ventana, estaba mi cama. Tiré del pomo, y extendí el catre.

Me derrumbé pesadamente para desabrocharme los zapatos y acostarme, cuando me pareció ver una luz bajo la puerta. Hay una liturgia en el peligro: una concatenación de deslices y actitudes que conducen, inequívoca y fatalmente a un pésimo desenlace, en muchas ocasiones mortal. Y yo aquella noche me estaba esmerando en cumplir prácticamente con todos y cada uno de ellos.

Unas tenues pisadas fueron acercándose por el pasillo hasta detenerse frente a mi puerta. Me maldije en silencio por el estúpido y arrogante exceso de confianza que había demostrado. El pomo de la puerta hizo ademán de moverse, y me felicité por al menos haberme acordado de echar la llave.

Empecé a levantarme del colchón lenta y silenciosamente, excepto por el ruido atronador de mi corazón latiendo en mis oídos, esforzándome por no hacer crujir los listones de madera del somier plegable apoyándome en la mesa cercana y evitando interponerme en la luz que delataría mi posición al extraño que se había detenido frente a la puerta. Unos segundos de tensión, rezando en silencio para que nada delatase mis movimientos. Milímetro a milímetro fui abriendo el cajón del escritorio, donde guardaba un clandestino nueve corto. La luz al otro lado de la puerta se apagó en el preciso instante en que me aferraba a la pistola como a un clavo ardiendo, y percibí el ruido que hacía un objeto al

ser introducido por la rendija de la puerta. Me quedé paralizado, silencioso, la pistola en mi mano derecha apuntando hacia la puerta, mientras el ruido de unos pasos que se alejaban por el pasillo se iba difuminando.

Esperé aún unos minutos, intentando convencerme de que quienquiera que fuese el que me había seguido, no permanecía vigilante atento a mi puerta o aguardase parapetado en la escalera esperando a que en un cándido presentimiento de seguridad y reiterado ejercicio de inconsciencia, siguiera actuando como un imbécil y me abalanzase al pasillo en su búsqueda.

Lentamente abandoné mi refugio tras la mesa y me acerqué hasta la pared. Palpé el bolsillo de mi abrigo hasta encontrar las llaves e introducirlas en la cerradura. Entorné la puerta mientras me mantenía pegado al muro, apuntando al pasillo vacío. Sin bajar el arma me aseguré, esta vez con más seso, de que no hubiera peligro. Volví a cerrar la puerta, bajé la cortina para procurarme cierta intimidad y concentré mi atención en el sobre que me esperaba en el suelo. Encendí la lámpara de escritorio, dejé la pistola sobre la mesa montada y lista para disparar, y me senté a observar con detenimiento el envoltorio. De color sepia, bastante deteriorado, como si llevase mucho tiempo guardado en algún estante, cajón o armario. Estaba cerrado y sin ningún tipo de inscripción, matasellos ni nada que permitiera identificar a su propietario o remitente.

Abrí el cajón a mi izquierda, extraje un estilete y rasgué el sobre con limpieza. Del interior extraje un puñado de viejas cartas medio amarillentas, cubiertas por una caligrafía ilegible de pluma estilográfica que me encogió el corazón al reconocerla. En ese momento deseé haberlas quemado, y quizás habría sido lo más sensato. Pero reconozco que aquella noche me sentía especialmente inclinado a las complicaciones, mucho más allá de lo razonable; así que empecé a releer una tras otra aquellas hojas, que tenue y lentamente volvían a dibujar un pasado que casi había logrado olvidar.

Entre las cartas aparecieron varias fotografías. Una de ellas con su retrato. Al ver de nuevo sus ojos felinos, que parecían contemplarme desde algún remoto lugar en el tiempo, como si estuviese de nuevo frente a mí en aquel desvencijado cuarto, un nudo de melancolía casi logró estrangular mi garganta. La acaricié como si ella fuese a abandonar aquel pedazo de papel al sentir de

nuevo las yemas de mis dedos acariciando sus mejillas, como solía hacer cuando la besaba.

Recordé en aquellas fotos una tarde de octubre, en un tiempo en que éramos ingenuos, y creíamos que aquello podría salir bien, y que duraría para siempre. Nos habíamos escapado juntos del trabajo, de los amigos, la familia y de nuestras vidas, tan dispares entre sí. Estuvimos paseando por las ruinas de un antiguo pueblo abandonado, y la fotografié junto al único muro de una casiona que seguía en pie, con un curioso blasón, tras haber desaparecido de ella su último morador. En ese momento algo llamó mi atención. De manera inconsciente mi mano empezó a jugar con un objeto en mi bolsillo: era la moneda que le había quitado al pequeño buscavidas. La examiné bajo la luz del flexo: antigua, aunque no podría precisar cuánto, y con los bordes algo deteriorados: quizás mordidos para arrancar el metal, quizás deteriorada por el paso del tiempo. Y al observar su grabado, un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando reconocí el emblema del escudo de la casa junto a la que la había retratado aquella tarde olvidada.



MOVIMIENTO PERPETUO

Luis Carlos Marco Bruna[†]

(a Augusto Monterroso)



Al volver del baño me recibe ciclópea, en carne viva, mientras con un aleteo alegre de violines en glissando me apremia: “el pollito quiere comer, mi amor”. Ella misma me coloca el preservativo. Entonces se reparte entera en la cama, hunde su lengua feroz en mi boca, deja imperativamente una palabra dentro, *dale*. Yo me arrotundo en su ombligo, me demoro cresteando en la línea imposible de su ilíaco, ruedo entre dunas mojadas. Me guía estremecida hasta el fondo con sus manos. Anclo mi nave en un puerto silencioso y subterráneo. Me muerde, la siento en todas partes, hasta que me previene al fin con un “yaaa” extendido para así poder llegar juntos de nuevo a la orilla convertidos en un soplo de mar ardiente. Y llegamos. Desembarcamos. Resbalamos despacio sin saber muy bien por dónde, perdidos el uno en el otro. Jadeamos. Besa mi vientre, me quita el preservativo, comprueba que no está pinchado y me lo da. Me deshago de él y al volver del baño me recibe ciclópea, en carne viva, mientras con un aleteo alegre de violines en glissando me apremia: “el pollito quiere comer, mi amor”.

[†] Luis Carlos Marco Bruna. (Zaragoza, 1968) dejó su huella de plaquetista novel en las colecciones de cuentos *Figurativos* (Drume Negrita, 1991) y *Necrografías* (D.N., 1993). En *Bestiario* (D.N., 2006) dio caza literaria a toda clase de criaturas. Más difícil resultará seguirle el rastro a su libro *Pasión*, una compilación epistolar que dialoga con el film *En passion*, de Ingmar Bergman, publicado en 2012 y en proceso de reedición. Puede escucharse el recitado de sus poemarios *Paraíso aquí* (2016) y *Secundarios* (2017) en el bosque sonoro de la Fonoteca de Poesía Contemporánea, entidad de difusión cultural. En su última obra, *Perro sin nombre* (PRAMES, 2024), acoge en su estado final alguno de los relatos que vagabundeaban por publicaciones anteriores junto a otros tan inéditos como ciertos aspectos de la biografía del autor.

VAMPIRISMO

Susana Coyette Urrutxua*



Cuando la primera vez no resulta ser la primera vez...

Entendámonos...

Yo creía que todos los vampiros eran como Drácula. Por eso, cuando mi chico empezó a ponerse espesito, ni se me ocurrió pensar en los vampiros. Ni en que existieran clases entre los vampiros. Con más sutileza y menos sangre.

Al menos, sangre-sangre...

Ni se me ocurrió tampoco que los vampiros -ciertos vampiros- necesitaran algo más que morder el cuello cada noche en busca de la sangre-sangre. Y en ese *algo más* se me está yendo la vida...

Y siento aún como el vampiro ha logrado por fin alcanzarme. Lo siento como si no lo sintiera, pero ahí está.

Y voy dejando de ser.

Ya casi no soy.

Ya no soy...

*Doctorada en Filología Hispánica, después de una vida y media dedicada a la docencia y a la escritura académica, en estos momentos aborda la escritura creativa: microrrelatos, poemas en prosa, poemas de estructura libérrima, guiones teatrales breves, reflexiones personalísimas...

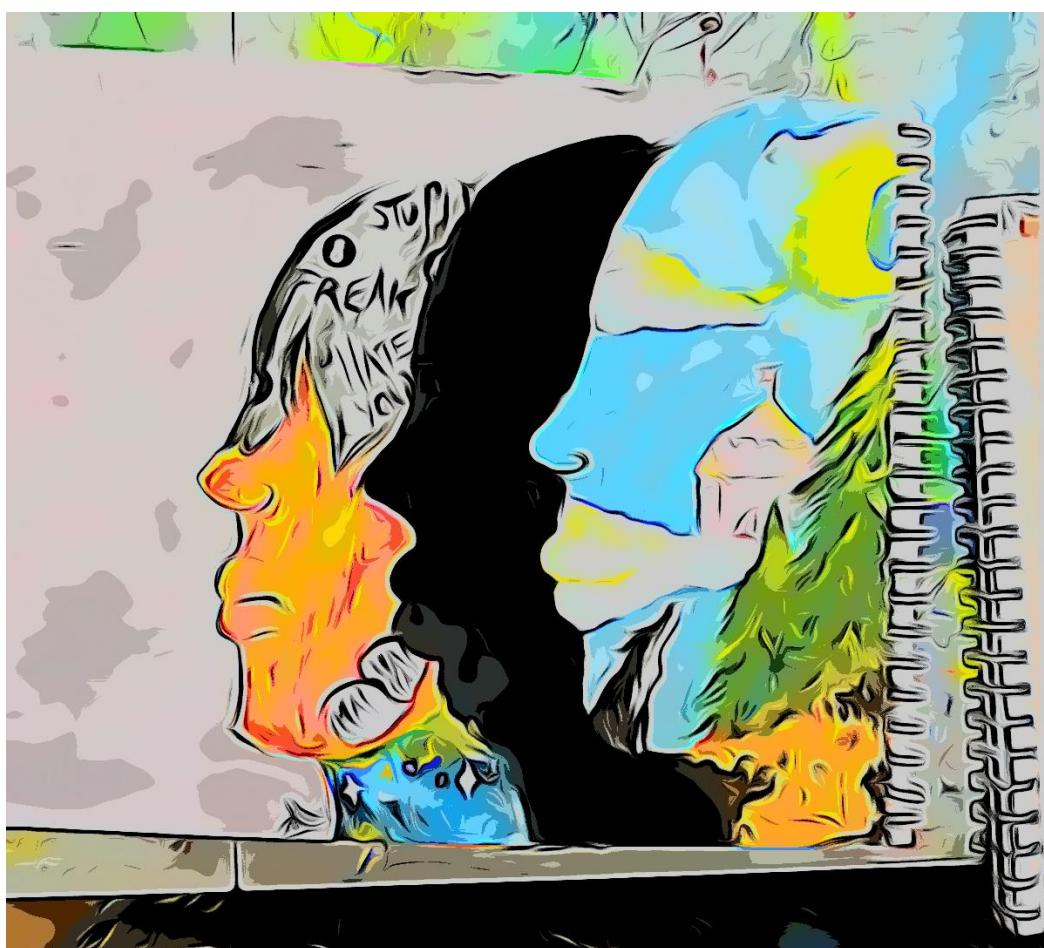
ASUNTOS FAMILIARES

Felipe Díaz Pardo

Cada mañana me cruzaba en la calle con la misma anciana paseando un perro al que no dejaba de lanzar reproches y reprimendas como si este entendiera cada una de sus palabras. En la mirada de la mascota detectaba, cada vez que lo veía, una incómoda sospecha cuando ambos nos observamos silenciosamente. Entonces el animal agachaba la cabeza, resignado, como quien soporta la pesada carga de una vida ya inmersa en la vejez y arrastraba su cuerpo con indolente pesadumbre.

Pasado un tiempo aquella viejecita ha cambiado de animal y ahora es un cachorro, quien, con sus agudos, incómodos e insolentes ladridos la acompaña mientras ahora es ella, en silencio, paciente y en actitud estoica, quien aguanta el insufrible comportamiento del canino.

Y es que, por los hijos, una madre aguanta lo indecible.



QUERIDOS REYES MAGOS

Manuel Hernández Andrés*



Madrid, a 12 de diciembre de 2025

Queridos Reyes Magos:

Como ya sabréis de otros años, me llamo Carmen Rodríguez Salomo, tengo diez años y vivo en Madrid, en la calle Eugenio Sellés, número 3, portal C, 5º D.

Este año os pido me traigáis, si os viene bien, claro, un set de cerrajero. No quiero todos los trastos y tampoco quiero que os “exprimáis los sesos”, como le dice mi madre a mi padre, pensando en qué incluir y qué no. Una taladradora con brocas para metales y una potente linterna me bastan. Si os pare-

* Manuel Hernández Andrés, licenciado en Filología Inglesa por la UNED, ejerce de profesor de inglés en las escuelas oficiales de Madrid. Escritor y lector, ha publicado relatos en algunas revistas literarias y antologías especializadas en el cuento contemporáneo.

ce excesivo una taladradora en estos tiempos de crisis que corren, podéis sustituirla por una simple llave como la que le dejan los vecinos al portero del edificio; la que usa para entrar en los pisos cuando se produce una emergencia, como aquella vez que no habíamos visto a la del cuarto C por mucho tiempo y las del rellano se quejaban de que cada día oía más a cocido madrileño echado a perder.

Agradecería también una pipa Star modelo B de 9 mm. con silenciador, como la que gasta Samuel L. Jackson en *Pulp Fiction*. La peli no la incluyáis; en Internet la veo a cualquier rato. La pipa cargada, por favor.

Necesito asimismo una saca grande. No es necesario que os gastéis dinero en ella, me vale con una de esas en que metéis los regalos cuando la vais a venir.

Por último, me gustaría disponer del instrumental completo que usa un cirujano con sus tijeras, su sierra y su scalpelo bien afilado. No os dé miedo que me pueda cortar porque sean de verdad, de mayor quiero ser médico forense y así voy practicando.

¡Muchas gracias!

Con cariño,

Carmen

PD: Al calzonazos de mi padre no hace falta que os molestéis en traerle nada. Del vecino de abajo, el que anda molestando a mi madre, yo me encargo.



NAVIDEÑA...

Fernando Escudero Oliver*



* Madrileño (1959), Catedrático de Lengua y Literatura Española. Ha trabajado para la Comunidad de Madrid en distintos centros públicos, siempre en temas educativos. Diplomado en E.G.B. (Idiomas Modernos) y Doctor en Filología Hispánica (Literatura contemporánea), con una tesis sobre el teatro breve valleinclanesco. Literariamente, ha recibido numerosos premios de cuentística.

Nos acercamos a ritmo de villancico, chupito de pacharán y delicias de mazapán a la Navidad, y con ellos al frenético momento de los regalos. Descartando las zapatillas forradas de borreguillo -tan socorridas-, las inevitables bufandas, guantes y gorros – imprescindibles-, y los calcetines -cuanto más horteras, mejor-, auténticas estrellas navideñas, hay que reconocer el importante papel que tienen los libros en las listas de regalos que Papá Noel y los Reyes Magos manejan tan hábilmente. Por eso, me voy a permitir comentar algunos libros interesantes que tal vez hagan las delicias de algunos regalados, o, por lo menos, se conviertan en préstamos o intercambios con otros miembros familiares a los que la lectura produce ceguera no persistente y desinterés manifiesto.

La verdad es que el problema clave no reside en la falta de oferta, pues cada año se publican entre medio y un millón de libros nuevos -patrocinados por las editoriales-, y si añadimos también las autopublicaciones – el Eldorado de las pequeñas editoriales- podríamos estar hablando de casi 4 millones de títulos nuevos anuales. En España, el ISBN inscribió 89.347 libros nuevos en 2024, con lo que, desde luego, encontrar un libro que regalar no supone ningún problema, pero, precisamente, tanta abundancia obliga a descartes y elecciones, y ese es, en época navideña, el mayor problema que azota a las hordas generosas que invaden las librerías en este mes de diciembre en busca de algún ejemplar que ofrendar al hermano, al suegro o la cuñada.

El panorama literario en España no permite sostener ninguna crisis de la literatura -la famosa muerte de la novela- pues hay elementos de sobra para acertar en el delicado mundo de los regalos navideños: desde los autores consagrados -Javier Cercas está en un momento dulce; J.J. Benítez y Javier Sierra siempre con un pie en lo paranormal; Dolores Redondo, Eva García Sáez de Urturi y Carmen Mola en el género policiaco; Santiago Posteguillo en la novela histórica; Arturo Pérez Reverte, Juan Gómez-Jurado, María Dueñas en las novelas de aventuras, apasionantes e intensas, a los autores más jóvenes, casi noveles, que están triunfando y consolidándose, siendo el caso más claro el éxito de David Uclés con su fenómeno literario *La península de las casas vacías*. Son precisamente estos autores jóvenes a los que quiero convocar en este breve artículo, poniendo el punto de mira en algunas de sus obras altamente recomendables, no solo para la Navidad, sino para cualquier momento en que a uno le apetezca el sano vicio solitario de las dos manos sosteniendo un libro, y la vista y el cerebro quemándose en una de las drogas más adictivas de todos los tiempos: la lectura.

De la obra de David Uclés ya se ha escrito mucho, así que me permito traer aquí una obra corta, pero intensísima de un escritor joven de verdad: Luis Mario, que con



Calabobos (editorial Reservoir Books) ha sorprendido a propios y extraños, pues exhibe una madurez y una riqueza impropia de un autor de poco más de la edad de Cristo que había publicado tres novelas anteriormente. *Calabobos* es una obra sorprendente, dura, intensa, que contrapone realismo mágico maravilloso y un tremendismo que hace palidecer el *Pascual Duarte*, de Camilo José Cela. Desarrollada en Cantabria, al borde del mar, en una mezcla de atemporalidad y años noventa, cuenta la vida de una familia pobre de solemnidad en un mundo despiadado y cruel, forjando una visión mítica de los hombres y las mujeres del norte que se enfrentan al agua en todas sus formas. La utilización de la primera persona -tan de moda en la narrativa actual- permite la cercanía del narrador-testigo que cuenta su propia historia y la de su familia, conduciendo magistralmente el relato hacia la supervivencia o no de su hermana menor, un personaje discapacitado que encarna la simbiosis real entre la tierra y el mar, un personaje anfibio que se incrusta en lo más hondo del corazón del lector. La creación de un lenguaje oral, prácticamente fonético, es uno de los recursos más destacados de esta novela que se está convirtiendo, gracias al boca a boca de los lectores, y al empuje silencioso de los libreros, en uno de los libros más fascinantes de este año moribundo.

Otro libro altamente recomendable, y con rasgos comunes al anterior, sería *Canto yo y la montaña baila*, de Irené Solá, publicado en 2019, y que por su magia, su encanto poético, su imbricación con la naturaleza – la montaña en este caso, el mar en el libro anterior-, y la originalidad del planteamiento de una historia basada en la culpa y el perdón, no deja a nadie indiferente.

Y por último, aunque no menos importante, me gustaría destacar la trilogía (en realidad son cuatro libros) de Jon Bilbao: *Basilisco*, *Araña*, y *Matamonstruos*, culminada con este último libro el año pasado, en 2024 (la tetralogía incluiría *Los extraños*, 2021) publicados por la editorial Impedimenta. Decir que la escritura de Jon Bilbao es adictiva es quedarse corto, pues si alguien me hubiera dicho que un western puro y duro, desarrollado binariamente junto a las tribulaciones de un escritor en permanente crisis personal y literaria iba a producir unas historias tan fascinantes, me hubiera echado a reír y hubiera contestado que John Wayne murió hace mucho, en 1979 en concreto, pero la historia del pistolero y guía por territorio indio John Dunbar, tan imperturbable como irascible, tan tierno como duro, tan voraz lector como ignorante consumado es de un nivel de fascinación que obliga al lector a continuar un capítulo detrás de otro. El otro yo es el escritor fracasado en busca de la novela de su vida, mientras su vida es ya realmente una novela. Paradojas de la ficción que mezcla tiempos, personajes y acciones con una coherencia impecable. La prosa de John Bilbao es



sencilla, sin artificios estéticos, como sus personajes, que tan solo intentan sobrevivir pues los fantasiosos y descuidados duran poco en el salvaje y titánico oeste, va directo a la acción, a los hechos, describe el narrador desde su omnisciencia las vidas difíciles de los que transitan tanto por el desolador oeste como por las ásperas colinas asturianas con vistas a la ría. Diálogos cortos, directos, cortantes como las novelas hiperrealistas norteamericanas hacen de Jon Bilbao una excelente opción para cualquier tiempo y lugar.

La lista podría ser bien larga, incluir las novelas filosóficas de moda (los epicúreos y a Marco Aurelio), incluso comentar el último premio Planeta del vapuleado Juan del Val, pero no se puede, ni se debe decir nada de un libro que no se ha leído, así que tan solo resta deseárselas una feliz Navidad, esperar que estas pocas líneas les hayan sido útiles y rogar a los dioses para que sobrevivan a las fiestas y a los fastos: con una buena lectura entre las manos es mucho más fácil, y nos puede acompañar en cualquier momento del año.



SEIS PROBLEMAS PARA DON ISIDRO PARODI
Bustos Domecq (Alianza Editorial 1.998)

Allá por la década de los años treinta del pasado siglo Buenos Aires era ya una ciudad pujante y prolífica en lo que se refiere a los imparables movimientos artísticos y especialmente literarios que a mi entender impulsarían más tarde la gran eclosión de la literatura castellana conocida como «realismo mágico» gracias a la coincidencia en el tiempo y el espacio de una generación de autores probablemente irrepetible. Uno de los centros de reunión más populares y apetecibles para los intelectuales bonaerenses de la época era el domicilio de la escritora argentina Victoria Ocampo situado en el muy exclusivo barrio de San Isidro donde esta controvertida mujer por su involucración en las primeras manifestaciones feministas intelectuales y antifascistas gustaba de convocar periódicamente a todo tipo de personajes exponentes de la literatura y el ámbito intelectual que había conocido a través de sus constantes viajes por el mundo. Resultaría ocioso e innecesario enumerar aquí la interminable lista de famosos que desfilaron por aquellas reuniones que la anfitriona solía promover y convocar desde la prestigiosa revista y editorial SUR que ella misma había fundado y dirigía cuyas páginas fueron trampolín para mayor reconocimiento y prestigio de autores como Ernesto Sábato, Virginia Wolf, André Malraux o Henry Miller, pongamos por caso. Unas reuniones que, a la postre, no solo servirían para un encuentro de cerebros privilegiados y personalidades contradictorias sino para crear nuevos vínculos de amistad entre ellos e, incluso, provocar algún que otro devenir sentimental que desembocaría en himeneo. Puede que el más notable de estos fuera el romance surgido allí entre su propia hermana, la también escritora Silvina Ocampo, con el entonces joven autor emergente Adolfo Bioy Casares. Una relación sentimental que se prolongaría por más de seis décadas, desde que ella tenía 30 años y Bioy 19, culminando en matrimonio meses antes de la muerte de Silvina en 1993. A decir verdad, esta curiosa anécdota no deja de ser una digresión respecto del asunto principal que nos ocupa por más que el propio Bioy Casares es uno de los autores del libro que hoy recomiendo, aunque su nombre no aparezca en la cabecera del artículo. No hay nada extraño en ello. Sino una historia de amistad y compañerismo entre dos grandes genios de la literatura contemporánea. Por si no la conocen, se la cuento.

* Creador de contenidos nato, tras dedicar una vida a la radio y a la televisión, **Miguel de los Santos** decidió dedicar otra de sus vidas a la literatura. Ha publicado un libro de ensayos vivenciales y tres novelas. Su última novela es *Flor de avispa*.

A una de aquellas famosas reuniones en el domicilio de Victoria Ocampo fue invitado por primera vez el joven Adolfo Bioy Casares. Tenía tan solo 18 años. Tres años antes había escrito su primer libro, "PRÓLOGO", que fue revisado y mandado a imprimir por su propio padre. Una publicación que obtuvo el suficiente recorrido y notoriedad como para que la escritora se sintiera interesada en conocer aquel fenómeno de tan solo quince años. De entre los muchos invitados de aquella noche Bioy se sintió especialmente atraído por la figura de Jorge Luis Borges tanto por el impacto que había experimentado con la lectura de sus primeros libros de poesía como por la proximidad e interés que el ya famoso escritor había mostrado hacia él cuando fueron presentados. Se refugió en su compañía y a pesar de la distancia generacional (Borges era ya un hombre de 33 años) surgió entre ellos una complicidad espontánea que iba a devenir en la amistad profunda que conservarían durante el resto de su vida. Empezaron por frecuentar encuentros en el estudio del ya consagrado escritor donde intercambiaban ideas sobre literatura, poesía e historia. Siguieron acudiendo juntos a las periódicas reuniones de la Ocampo. Hasta que un día el joven Bioy se presentó al amigo con una propuesta insólita de todo punto. Pero, tras una serie de chanzas y ditirambos, Borges decidió aceptarla como un divertimento.

El asunto consistía en que la familia del joven, confiada en su ingenio para la escritura, le había propuesto redactar un anuncio publicitario para la promoción de "La Martona", empresa láctea de la que eran propietarios. Exactamente consistía en un folleto de doble página para distribuir por los buzones de las casas que sirviera para instruir a los clientes sobre las bondades del yogur. Se pusieron a ello mano a mano utilizando un estilo literario y ficticio lleno de ironía y humor donde relataban una historia sobre un producto "milagroso" y sus bondades, con tintes de ciencia ficción y promesas de curaciones. Así fue su primera colaboración escrita, en la que Bioy le propuso a Borges el proyecto para ayudarlo a ganar dinero y, de paso, divertirse escribiendo juntos. El germe del seudónimo BUSTOS DOMEcq, que tuvo su debut con la publicación de "Seis problemas para Don Isidro Parodi", uno de los libros de mi vida. Pues fue tal el éxito del famoso folleto publicitario que decidieron ampliar la experiencia de escribir juntos en algo más serio: una serie de relatos de intriga impregnados del humor del que hacían gala ambos genios de la literatura argentina. Para colmo de tal desafío decidieron ocultar sus nombres bajo un seudónimo y siguiendo el camino de aquello que ya consideraban un juego de despropósitos tomaron el apellido del bisabuelo materno de Borges y el de la abuela paterna de Bioy. Respectivamente, BUSTOS y DOMEcq. Con él vería la luz "Seis problemas para Don Isidro Parodi" publicado en 1942 que constituiría todo un éxito de crítica y ventas.

Es indubitable que para los millones de seguidores de Borges en todo el mundo "El Aleph" es el referente de su inmensa obra. Como lo es "La Invención de Morel" para aquellos que gustan de la pulcra narrativa de Bioy Casares. Pero si ambas legiones de lectores quieren paladear el agridulce estilo del cóctel "Borges-Bioy" no dejen de paladar, sorbo a sorbo," Seis problemas para Don Isidro Parodi" de cuya trama les ofrezco una breve referencia:" es la historia de un recluso que resuelve seis misterios policiales desde su celda a través de los hechos que le cuentan sus visitantes. Los relatos se desarrollan en Buenos Aires a principios del siglo XX y presentan un estilo policial con mucho humor, personajes extravagantes y diálogos llenos de modismos porteños, donde la verdadera solución es más absurda que el crimen en sí".



La pintura y el cine en la generación del 27

Felipe Díaz Pardo

Además de la literatura, los miembros de la generación del 27 no eran ajenos a otras manifestaciones artísticas del momento. Nos centraremos en este artículo en dos de estos campos del arte, cada uno de ellos por motivos diferentes: al del cine, por la modernidad que supuso tal invento, modernidad a la que siempre estaban atentos estos autores; y a la pintura, por su relación con las vanguardias, por la coexistencia de este arte con la literatura en los libros y revistas y por la atracción que por las formas y el color manifestaron poetas como Lorca con sus conocidos dibujos y Alberti, por su también conocida primera afición por la pintura.

Las artes plásticas sufrieron una renovación gracias a las aportaciones de las vanguardias que supusieron una radical ruptura de las figuras con escuelas como el *cubismo*. Estas y otras iniciativas pudieron influir en una nueva concepción de la imagen poética o en la disposición gráfica del poema que pro-pugnaba el *ultraísmo* con sus caligramas. No hemos de olvidar tampoco la íntima conexión de estas artes plásticas y la literatura en nuestras mujeres del 27, de las que cabría hablar en otro momento. Además de compartir amistad entre ellas y con los poetas del 27, y hasta romances, como es el caso de Maruja Mallo y Alberti o Concha Méndez y Luis Buñuel, algunas cultivaban ambas manifestaciones artísticas, como ocurre con Margarita Gil Roësset.

Por su parte, el arte cinematográfico logra enseguida una notable madurez estética de la mano de directores como el norteamericano David W. Griffith, el soviético Serguei M. Eisenstein y los expresionistas alemanes Murnau y Lang. Destacados artistas cómicos como Charles Chaplin, Buster Keaton y Harold Lloyd alcanzan notable éxito popular. La llegada del cine sonoro en 1927 incrementa sus posibilidades expresivas y posibilita el desarrollo industrial de diversos géneros cinematográficos: el cine del Oeste, el musical, el de gánstres, la comedia, etc.

Como elemento que resume o aglutina estas tres artes en nuestros escritores –la literatura, el cine y la pintura– podemos aludir a la *Residencia de Estudiantes*, en donde, antes de la Guerra Civil nos encontramos con tres persona-

jes y amigos entre ellos que serían grandes figuras representativas de estas tres manifestaciones culturales: Federico García Lorca, en la literatura; Luis Buñuel, en el cine; y Salvador Dalí, en la pintura.

Limitaremos nuestra exposición a la influencia de estas artes en los textos de nuestros poetas, dejando la puerta abierta a nuestra imaginación para recrear la estética de unos años tan luminosos como apasionantes, tal y como los vemos reflejados en obras cinematográficas clásicas y en cuadros e ilustraciones que recrean toda una época, heredera de la *Belle Époque*, reflejo de los nuevos tiempos a los que aludíamos en el primer capítulo, y que comienzan con los años veinte del siglo pasado.

El arte nuevo en las artes plásticas y en la poesía

El nuevo arte plástico plantea la emoción a través de las formas y de los volúmenes en reacción formal contra el colorismo a ultranza del impresionismo, donde el elemento esencial y la única preocupación del artista era el color y la luz. La naturaleza fue reducida a tonos y colores y la forma fue olvidada. Ahora se prescindirá de la representación, aunque no se descarte que haya casos en los que las formas naturales ofrezcan en determinados detalles peripecias afortunadas. Ese arte nuevo no dice que no pueda o deba utilizarse la representación en la medida necesaria.

Y para tal fin, se inventa el *cubismo*, que emplea la representación como alusión y como metáfora, de modo que convierte el arte en abstracción y lo convierte, según quienes lo critican, en un frío juego intelectual, no sensitivo. No obstante, para sus defensores, el *cubismo* fue la mayor aventura de la historia del arte: comenzó por deformar hasta llegar a la forma. Constituye una técnica distinta y una nueva forma de ver la realidad. Guillermo de Torre, en *La aventura estética de nuestra edad*, relaciona dicho movimiento pictórico con los poemas de Apollinaire, con Ramón Gómez de la Serna, con el *futurismo* y el *dadaísmo*, corrientes vanguardistas estas últimas que también influyeron en la poesía de aquellos años. También considera esta técnica pictórica “poesía del intelecto, no de los sentidos [...] Poesía conceptual elaborada por el entendimiento cuyas formas plásticas no deben apenas nada a la realidad exterior y nacen puras de una realidad interna”.

En definitiva, tanto el *cubismo* como otras formas pictórica basadas en la abstracción no hacen otra cosa que plantear un arte no representativo, mostrando puramente el hecho pictórico de manera integral y desposeído de estorbos, una pintura hecha mediante elementos pictóricos puros como las formas y los colores abstractos, esto es, la Pintura Pura. Y para ello, se echa mano también del surrealismo, cuyas características esenciales ya conocemos.

Pues bien, en el ámbito lírico, esta concepción artística sería el que defiende la poesía pura, mediante la eliminación de elementos innecesarios como las anécdotas, la métrica tradicional o la intención moralizante. El artífice de este tipo de poesía en España fue Juan Ramón Jiménez, con títulos como *Eternidades* (1918), *Piedra y cielo* (1919), *Poesía y Belleza* (ambos de 1923), para luego pasar a autores del 27 como Jorge Guillén, considerado el más fiel representante de la poesía pura dentro de los poetas de su generación.

La pasión de dos poetas por la pintura

Tras las reflexiones anteriores, pasemos a algo más tangible y, en este caso, a la presencia de la pintura en la poesía en un autor como Rafael Alberti. En realidad, Alberti fue pintor antes que poeta y no olvidó nunca esa afición pictórica. En Madrid, sus primeros pasos lo llevan hacia el *Museo del Prado*, donde pasa muchas horas contemplando a sus pintores preferidos. Alberti abandona sus estudios para dedicarse a la pintura. A principios de 1922, realizó una exposición pictórica en el *Ateneo madrileño*, época en la que ya había comenzado a escribir versos. Durante sus periodos de reposo en la Sierra de Guadarrama motivados por una enfermedad pulmonar, se intensifica su dedicación literaria y muy rápidamente destaca como poeta.

No es extraño, pues, que el poeta gaditano dedicara alguno de sus poemarios al arte pictórico que tan bien conocía, como así hizo en su volumen *A la pintura. Cantata de la línea y del color* (1948), donde la forma de los poemas se ajusta con virtuosismo a las peculiaridades de los pintores glosados (Valdés Leal, Velázquez, Rubens, Tiziano, Giotto, etc.) El poeta se vale aquí de moldes clásicos como el soneto, al mismo tiempo que de fórmulas absolutamente libres, retahílas, expresiones graciosas o desenfadadas coplas entre lo culto y lo popular. Sus ojos de pintor le permiten hacer alarde de sus conocimientos sobre la materia. A lo largo del libro alternan los poemas en los que recrea técni-

cas y estilos pictóricos, con los que dedica a un pintor que ejemplifica esas técnicas.

Asimismo, una vez afincado en Italia, refuerza su amistad con Pablo Picasso, que le inspirará *Los 8 nombres de Picasso*, un texto entre surrealista y popular, lleno de metáforas brillantes y expresiones lúdicas.

Además de a la poesía, Alberti llevó el tema de la pintura al género dramático, también cultivado por él como sabemos. Se trata de la pieza *Noche de guerra en el Museo del Prado*.

Federico García Lorca, quien empezó a pintar en 1923, fue otro de los poetas de la generación en el que descubrimos una faceta pictórica. En sus dibujos se ve también la mezcla de lo popular y las vanguardias. Sus mujeres tristes y payasos infelices contrastan con los dibujos de rostros duplicados, inquietantes, que muestran la influencia de Dalí y la preocupación del poeta por el otro “yo”. También están los dibujos de influencia cubista, lo que demuestra su conocimiento de la pintura de la época. No obstante, quizás lo más sorprendente son los dibujos en los que se trata el tema de la sexualidad y el erotismo, de forma cruda y atormentada. En la misma línea se encuentran sus autorretratos, en los que el poeta muestra sus preocupaciones y tristezas más profundas.

Como apunta Rafael Mínguez en su publicación *Lorca*, el poeta estaba al tanto de las vanguardias artísticas, que ya conocía en 1921. Más adelante, en 1928, escribió una conferencia, que tituló *Sketch de la nueva pintura*, en la que hacía un repaso de los pintores del momento. Expresa con fina intuición el paso de lo viejo a lo nuevo, del cambio que se ha producido en la forma de entender, de mirar la realidad y la revitalización que esto significa: “La pintura agonizaba. Comienza la reacción y con la reacción se inicia su salvamento y su cambio total de sentido”.

Luis Buñuel, el cineasta de la generación del 27

El cine, desde sus comienzos, interesó a todas las clases sociales y siempre tuvo una vertiente popular o convencional que, en las primeras décadas del siglo XX, está relacionada con los citados cómicos Chaplin, Keaton, Laurel y Hardy, etc.; y otro lado experimental que, en España, contó con el también mencionado Luis Buñuel (1900-1983), quien hizo uso del subconsciente y lo



onírico en obras cinematográficas suyas como la tan conocida *Un perro andaluz*, de 1929.

Buñuel, debido al exilio que sufrió, realizó la mayoría de sus películas en México y Francia y se le ha considerado uno de los máximos representantes del cine español. En sus distintos trabajos se reflejan sus ideas sobre las clases sociales, la religión y la sexualidad. Muchas de sus películas critican a la burguesía y su hipocresía y otros aspectos de una época mentalmente retrasada: las normas religiosas o la represión sexual, por ejemplo. También tiñó su filmografía de un tono pesimista, como lo muestra su obsesión por la muerte.

Su obra más relacionada con los años y el grupo de escritores que nos ocupa es, como hemos dicho, *Un perro andaluz*. Se trata de un cortometraje mudo que Buñuel filmó en Francia, además de escribir su guion junto con Dalí, producirlo e interpretarlo. Dicho proyecto pudo llevarlo a cabo gracias a la aportación de 25.000 pesetas que hizo la madre de Buñuel. Esta película está considerada la más representativa del cine surrealista y pretendía provocar al espectador con su agresividad: de todos es conocida la famosa escena en la que una navaja secciona el ojo de una mujer. También alude la trama constantemente al delirio y al sueño con unas escenas delirantes y unas secuencias que no siguen un orden cronológico lineal. Parece ser que Federico García Lorca se sintió aludido por el título, algo que el cineasta negó argumentando que era el de un poemario que él tenía escrito desde 1927.

Conexiones entre cine y poesía

Fue el ensayista, poeta y crítico literario Guillermo de Torre (1900-1971), también muy unido a la generación del 27, uno de los primeros que estableció las conexiones entre cine y literatura. Según explica en el número 33 de la revista *Cosmópolis*, fechado en 1921, “el Cinema es el auténtico escenario de la vida moderna”, y argumentaba esta afirmación diciendo que la vida contemporánea debía ser proyectada sobre el plano dinámico de un *film* y no limitarse al plano estático del teatro o del libro. Pensaba también que la velocidad con que el cine cuenta y registra las escenas se encontraba en la novísima literatura.

Por otra parte, y muy en consonancia con la consideración que del arte se hacía en la época, como, por ejemplo, con la poesía pura o la deshumanización propugnada por Ortega, continuaba opinando que en el cinema no debía mos-

trarse el sentimentalismo, al igual que estaba sucediendo en parte de la nueva lírica. Del mismo modo que en el cine, decía, “en la nueva poesía propendemos ante todo a la reintegración lírica, separándola de los géneros narrativo y descriptivo y dotando al poema de una corporeidad propia y vida peculiar”.

En este sentido, lo visual es el elemento que establece la relación entre poesía y cine, según de Torre. “El valor visual [...] que las nuevas normas estéticas conceden al poema, por encima del valor auditivo, que antes poseía, en la era de las sonoras orquestaciones retóricas, hoy abolida, se manifiesta paralelamente en el Cinema, donde la concatenación argumental debe hallarse subordinada a la armonía estética de los planos fotográficos.” Y termina diciendo: “Y lo mismo que el poema moderno ‘es una cabalgata de imágenes que se encabritan’, en algunos *films* las imágenes se precipitan enlazadas en rápidas proyecciones, que, por su multiplicidad y celeridad, dan como precipitado óptico bellas metáforas visuales”. Lo que desconocemos es la opinión que tendría hoy día nuestro crítico si supiera de los alardes técnicos con que cuenta la cinematografía actual.

También el citado Luis Buñuel aludió en algún momento a esa relación entre el cine y la poesía cuando comparaba el material poético y el fílmico, a la hora de hablar del montaje de una película: “Un adjetivo vulgar puede romper la emoción de un verso: así dos metros de más [de celuloide] pueden destruir la emoción de una imagen”.

No hay duda, pues, de que el ímpetu creador de los jóvenes artistas superaba cualquier frontera que pudiera existir entre las distintas manifestaciones culturas de la época. Lo que da cuenta, una vez más, de su modernidad y de sus ansias de expresarse con renovadas maneras.

El cine en la poesía del 27

Tal y como refiere Flora Lobato en su artículo “Influencia del cine en la Generación del 27”, los poetas del 27 se sintieron fascinados por el mundo de la imagen, pues gracias a ella lograron captar la realidad en un sentido mucho más amplio y descubrir áreas ignotas de ella, hasta entonces, lo que revirtió en su creación poética. El cine representaba la renovación, el dinamismo y la modernidad y les ayudó a desarrollar su imaginación. Su aparición supuso uno de los fenómenos más importantes del siglo XX por ser un medio que podía captar

y expresar plásticamente el movimiento y la velocidad, algo que no podían captar las artes tradicionales. El cine transformó la concepción de la realidad y el mundo; y la poesía se convirtió en la receptora de ese cambio.

Según C. Brian Morris, en su libro *La acogedora oscuridad. El cine y los escritores españoles (1920-1936)*, la influencia del cine la encontramos, principalmente en Alberti, Cernuda y Lorca, pero también en otros poetas de la generación, como Salinas o Aleixandre. Este último reconoce que se aficionó al cine como espectador en edad temprana y será con el poema “Cinemática”, de su libro *Ámbito*, de 1928, con el que homenajea el séptimo arte.

Asimismo, las distintas perspectivas que Aleixandre ofrece de un mismo objeto en sus poemas de *La destrucción o el amor*, como si se tratara de las distintas posibilidades de enfoque con que cuenta la cámara cinematográfica, también recuerdan a esta novedosa forma de expresión.

La influencia del cine en Salinas no fue tan profunda como en Aleixandre. Entre sus poemas con alusiones al nuevo medio de expresión está “Cinematógrafo” y “Far West”, incluidos en *Seguro azar* (1929). En este último vemos una figura femenina, Mabel, cabalgando a través del viento. Hace este poeta otros guiños cuando se refiere a actores como Charles Chaplin.

Alberti dedicará el volumen *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos* (1929) a homenajear a diversos artistas del cine mudo, algunos de ellos ya citados (Charlot, Buster Keaton, Harold Lloyd, Harry Langdon, etc.). Es un libro que se encuentra dentro de la órbita vanguardista y, de hecho, al leer el poema “Cita triste con Charlot”, dedicado a Fernando Villalón, observamos que muchas de las imágenes que emplea están en la línea del mundo absurdo que describe y podrían relacionarse con el *ultraísmo*.

Este poema, junto a otros, lo leyó Alberti en el intermedio de la sexta sesión del Cineclub Español, celebrado el 4 de mayo de 1929 en el cine Goya de Madrid. En él se recrean las características comunes de los personajes que este cómico había interpretado hasta entonces. Ese absurdo de muchos de los versos, al que nos referíamos antes, puede llegar a desatar la carcajada, pero tras él se esconde el fondo trágico de las bufonadas del cine.

No obstante, ya existen evocaciones cinematográficas en obras anteriores a las citadas, como se puede comprobar con el poema “Verano”, de *Marinero en*

tierra, en donde se describe el entusiasmo y el asombro que le producía la visión de las películas al aire libre en los veranos de Andalucía. Luego, esa fascinación dio lugar a sentimientos más profundos cuando pudo contemplar la proyección de *El acorazado Potemkin*, en 1932; o cuando acompañó a Luis Buñuel a Extremadura para rodar el documental *Las Hurdes* y poder comprobar el atraso y el abandono de esa región española.

Luis Cernuda se sintió fascinado por el mundo de la pantalla, tal como lo demuestran, por ejemplo, los poemas “Nevada” y “Sombras blancas”, del libro *Un río, un amor*, inspirados en los filmes homónimos. Cernuda ve en la expresión cinematográfica una forma de evasión, frente a la frustrada realidad en que se encuentra. Por otra parte, el atractivo de los actores le servía de modelo para seleccionar su vestimenta y complementos personales. En definitiva, todo ello le ayudaba a evadirse de la situación política de España y soñar su propia vida.

Por último, hablemos de la influencia del cine en Federico García Lorca a través de varios elementos de sus obras, inspirados en lo contemplado en las películas: las escenas, la técnica, los actores y las formas de interpretación. El guion cinematográfico que el granadino escribió, titulado *El paseo de Buster Keaton*, muestra su atracción por este actor cómico, que no solo fue fuente de inspiración, sino que le sirvió de espejo también y en el que se veía reflejada su imagen y se identificaba con él, sobre todo en cuanto a las frustraciones que ambos sufrían, producto de las normas sociales.

Por lo que respecta al teatro, la influencia del cine también es constatable. En *La zapatera prodigiosa* hay una escena que el propio Lorca considera “casi una escena de cine”. El título de *Bodas de sangre* está inspirado en la película italiana *Bodas sangrientas*, estrenada en España en 1927; el personaje de Rosita, de su obra *Doña Rosita la soltera*, fue comparado por el dramaturgo con la actriz italiana Francesca Bertini.

Muchos otros datos podríamos aportar aquí que siguen demostrando la atracción de Lorca por el cine y que podemos rastrear en otras de sus obras dramáticas, como en *El Público* o en el poemario *Poeta en Nueva York*, en donde el doble plano de la naturaleza y de la ciudad, en “El rey de Harlem” recuerda la técnica cinematográfica.

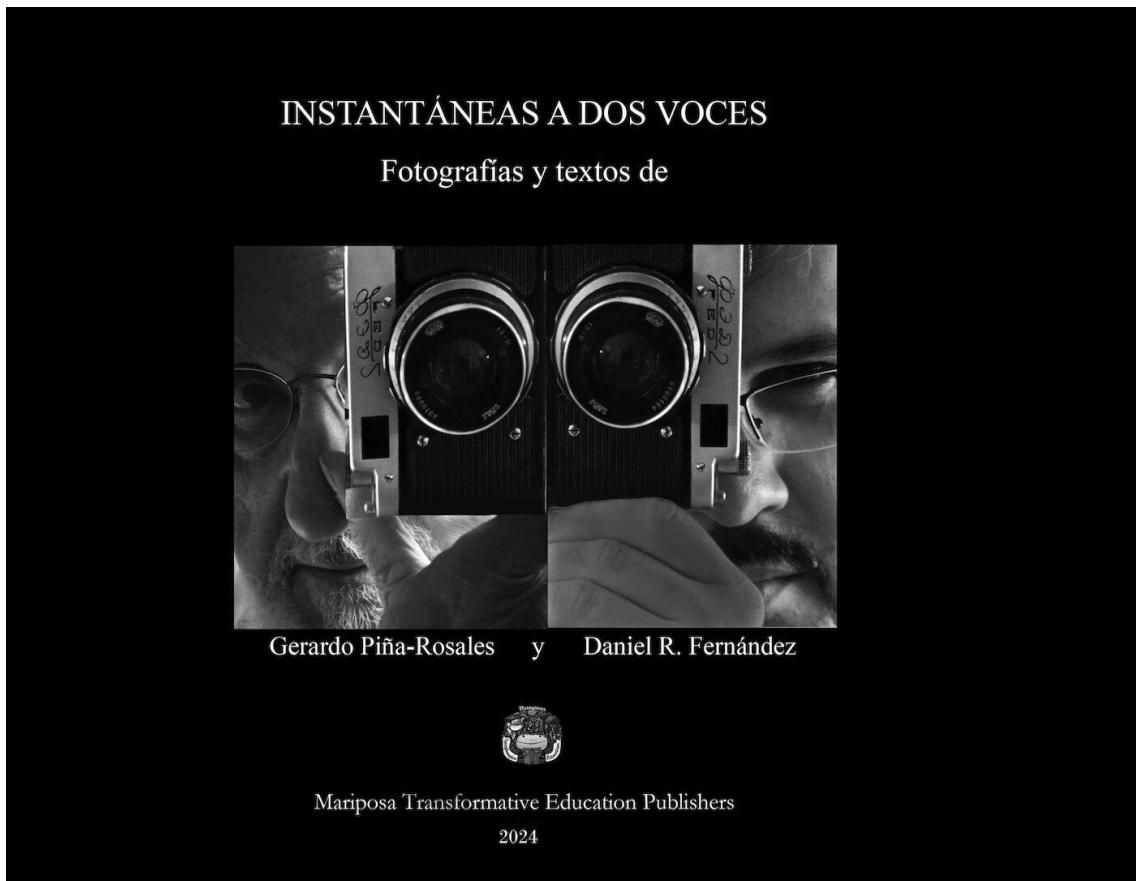
Asimismo, el contenido de este poemario, como señala la referida Flora Lo-bato, recuerda a la visión que Fritz Lang ofrece de esta ciudad en su película *Metrópoli*. En ambas obras se nos muestra un ambiente frío e inhóspito, pobla-do con dos tipos de seres: los poderosos y los desasistidos.

En conclusión, el cine, al igual que otros movimientos artísticos de la época, propiciados por las vanguardias y por el deseo de modernidad ante el estan-camiento creativo, sirvieron de acicate a nuestros poetas del 27. De lo expues-to se desprende la estrecha relación que estos tuvieron con el cine y lo que este nuevo medio significó para ellos, tanto en lo personal como en lo creativo.



ESPONTÁNEAS A DOS VOCES

Fernando Martín Pescador



Instantáneas a dos voces, de Gerardo Piña-Rosales y Daniel R. Fernández, Mariposa Transformative Education Publishers, 2024.

Félix Romeo compartió conmigo en varias ocasiones que a él lo que le habría gustado es poder vivir de la literatura, de su escritura, sin necesidad de publicar novelas. A él le habría encantado poder vivir de sus escritos libres y espontáneos. ¿Eran sus escritos libres? Siempre trabajó para que tuvieran un alto grado de libertad. ¿Eran sus escritos espontáneos? Félix era una persona espontánea. Ingeniosa. Sus escritos solían ser frescos. Muy frescos. Rara vez espontáneos. Sus textos, además de talento y oficio, tenían siempre mucho trabajo detrás.

Cuando me topo con libros como *Instantáneas a dos voces*, el libro de Gerardo Piña-Rosales y Daniel R. Fernández, entiendo perfectamente lo que Félix quería decir. En muchas ocasiones, la primera novela de un autor posee grandes dosis de libertad. El autor es todavía incauto. A veces, hasta goza de una hermosa inocencia. Sin embargo, la segunda novela viene condicionada por la primera y, a partir de ahí, cada obra carga con el lastre de todas las anteriores. Por eso, en muchas ocasiones, salirse de todos los géneros literarios, poder publicar un libro sin ningún tipo de presión ni pretensión, puede ser altamente liberador y darnos gratas sorpresas. Es el caso de *Instantáneas a dos voces*. Dos amigos, curtidos en la escritura, tienen la posibilidad de publicar sus fotografías en blanco y negro y tienen la libertad para acompañarlas con los textos que les vengan en gana.

Claro, como dice Spiderman, tener tal poder conlleva una gran responsabilidad. Y los dos amigos (*cuates* se autodefinen) componen *al alimón* (también siguiendo las palabras de los autores) un libro hermoso, fresco, publicado en español en los Estados Unidos de América. Hermoso por sus fotografías y fresco por sus textos. Dentro de esa libertad creativa, los autores (Daniel pone texto a las fotos de Gerardo y viceversa) aprovechan para reflexionar, siempre con gran sentido del humor, sobre el arte de la fotografía, sobre las variedades del español en Estados Unidos (ambos forman parte de la Academia Norteamericana de la Lengua Española - ANLE), sobre las relaciones de pareja, sobre la pobreza y la mendicidad en el país más rico del mundo, sobre la necrofilia, sobre el derecho del artista a fotografiar a un desconocido, sobre las quinceañeras, sobre los cazadores de sonrisas, sobre los veteranos de guerra, sobre la isla del tesoro, sobre el señor de las gaviotas, sobre la pena de muerte, sobre el alcoholismo...

Un libro libre. O, como dirían los franceses, *un livre libre*.

Y, para aquellos que sientan curiosidad por ver más fotografías y textos de Gerardo Piña-Rosales, pueden visitar su página web:

<https://www.pinarosales.com/>

Mi opinión no solicitada

LA LECTURA DE HOY EN DÍA (TRISTE)

José Ramón Guillem García

www.joseguillem.com



A veces pienso que la lectura murió el día que todos empezamos a desplazar el dedo índice de abajo arriba, como un rosario moderno cuyo único dios es el algoritmo. Puede sonar exagerado —yo mismo me río cuando me escucho pensarlo—, pero luego salgo a la calle, contemplo la gente mirando sus teléfonos como si esperaran instrucciones directas de un alto mando invisible, y me pregunto si no vivimos todos en un nuevo orden policial, vigilados por supervisores con corbatas digitales. Me imagino a un subalterno en alguna planta administrativa subterránea, tomando notas cada vez que deslizo el dedo por la pantalla: «Ha leído quince segundos. No ha llegado al final. No ha visto la imagen número tres. La muestra no presenta señales de retención. Procesar como desinterés. Reducir alcance». Lo peor es que lo imagino con el gesto resignado y anodino del que cumple órdenes absurdas sin cuestionarlas, y eso es precisamente lo inquietante: que ya nadie cuestiona nada.

Leo, o mejor dicho, intento leer, porque la lectura hoy ha adquirido una cualidad casi heroica. Es un gesto de resistencia lenta contra un mundo que solo premia lo inmediato. Es como intentar beber agua con cucharilla en mitad de una tormenta. Dicen que la atención humana se ha reducido al nivel de un pez

dorado, lo cual me parece ofensivo para el pez: al menos él parece disfrutar del momento sin necesidad de validación externa.

Recuerdo cuando abrir un libro era abrir una puerta que llevaba a otra intimidad, distinta, secreta. Ahora abrir un libro se parece a ejecutar un programa pesado en un ordenador antiguo; se oye un ruido mental, como una lavadora intelectual agitándose, y uno tiene que esperar a que el cerebro se reconfigure, como si hubiera estado hibernando en un lenguaje que intenta olvidar. La primera página se lee con el mismo esfuerzo que el primer día de gimnasio tras dos años de sedentarismo emocional.

Me descubrí el otro día leyendo tres veces la misma frase porque, mientras lo hacía, mi mente proponía: «¿No debería comprobar si tienes una notificación?». Luego: «Quizá alguien ha dicho algo interesante». Después: «Tu vida podría estar ocurriendo sin ti mientras te atascas en este párrafo sobre la infancia rural de un protagonista ficticio».

La novela, hasta entonces bella, se convirtió en una sala de espera. Mierda.

La sala de espera es ahora la metáfora definitiva de nuestra existencia. Estamos siempre en tránsito, desplazándonos hacia contenido nuevo, más breve, más jugoso, más inmediato, aunque una parte de nosotros sepa, con esa sinceridad apagada que se siente en el estómago, que nada de eso nos llena. Somos comensales frente a un bufet infinito en el que todo está diseñado para abrir el apetito, pero nada está pensado para nutrirnos. Pasamos hambre con el plato lleno.

Los gurús tecnológicos prometieron que todo sería más fácil. Y lo es, en efecto. Cualquier cosa puede ser consultada, leída o vista en pocos segundos. El problema es que hemos confundido acceso con profundidad. Podemos saber de todo sin saber nada. Yo mismo puedo explicar con solvencia superficial el origen de la ópera, el apareamiento de los pulpos y la historia de la depuración de aguas en el siglo XIX, pero no recuerdo la última vez que dejé que una idea me acompañara lo suficiente como para que de verdad comprendiera algo. La información llega, se posa unos segundos en el interior, y se va. Como un gorrión asustado.

La lectura lenta, por el contrario, es un acto íntimo, casi clandestino. Requiere algo que casi nos avergüenza admitir que tenemos: tiempo. Peor todavía: requiere



disposición. Es una entrega sin garantías. A veces uno lee diez páginas y solo obtiene la vaga sensación de haber rozado algo que todavía no se despliega. Y sin embargo, ahí reside el poder: en aceptar que lo valioso se presenta despacio, con una timidez que exige solo una cosa: paciencia.

Cuando leo despacio, el lenguaje se vuelve un territorio; cuando leo rápido, se convierte en ruido. La velocidad nos hace sentir competentes, pero la lentitud nos recuerda que somos humanos. Quizá por eso tememos tanto a la lentitud: nos enfrenta a lo que somos sin distracciones.

No culpo únicamente a las redes sociales. Son solo la herramienta más brillante del sistema que nos educa para desear lo que se agota rápido. El problema es más profundo: vivimos en un mundo donde lo urgente ha devorado lo importante. Leer lentamente no produce resultados cuantificables, no genera métricas, no se puede mostrar en una captura de pantalla para demostrar capital cultural. Leer lentamente es casi un acto secreto contra el vértigo colectivo.

Me pregunto si, en unos años, necesitaremos permisos para desconectarnos. Una licencia, expedida por una oficina gris donde un burócrata con gafas espesas revise nuestros niveles de dopamina y nos autorice a pasar treinta minutos sin pantallas, bajo la condición de no aprovechar el tiempo para pensar demasiado. Quizá nos lo concedan solo bajo supervisión, como quien administra un medicamento peligroso.

Sin embargo, pese a todo, continúo leyendo, actualmente, *Cartas a Milena* de Kafka. Lentamente, sí, a veces con torpeza, pero leyendo. Y cuando lo hago, hay momentos diminutos, un giro de frase, una imagen inesperada, una idea que me toca en un lugar que no se usa en la vida diaria, en los que siento algo parecido a la antigua arquitectura del alma.

Algo que se abre, algo que respira.

Quizá el mundo no se ha vuelto más ruidoso. Quizá nosotros hemos olvidado cómo escuchar.

Y, sin embargo, siempre queda la opción de volver a abrir un libro.

Despacio.

Como quien abre una ventana para comprobar si aún queda aire afuera.

El baúl de las palabras

PALABRAS “DE MODA”

Juan José Jurado Soto*

En esta ocasión “sacamos del Baúl” cuatro palabras relacionadas con la literatura y la moda, cada una de ellas con una interesante y curiosa historia detrás.

REBECA

La *rebeca* es una sencilla chaqueta de punto femenina, sin cuello, que se abrocha por delante. Una prenda informal para usar en la época de entretiempo.

Su nombre proviene del film de Alfred Hitchcock, *Rebecca*, ganadora del Oscar a Mejor Película en 1941, en la que su atractiva protagonista, Joan Fontaine vestía este tipo de chaqueta. El éxito del filme en nuestro país hizo que se adoptara su nombre para designar la prenda que conocemos hoy.

El guión de la película surgió de la novela homónima *Rebecca* escrita, en 1938, por la británica Daphne du Maurier (1907 – 1989), una escritora conocida por sus relatos de misterio y suspense. La obra, considerada un clásico de la literatura gótica, muestra el peso del pasado en la vida presente, en una combinación de: romance, celos, intriga y misterio.

Curiosamente, la joven protagonista de *Rebecca*, recién casada con el viudo Maxim de Winter (interpretado por Laurence Olivier), no tiene identidad nominal, nunca recibe un nombre en toda la película. El público suele llamarla “Rebeca”, pero en realidad ese es el nombre de la primera esposa fallecida de su marido, cuya presencia domina la trama, con un ama de llaves que inquieta al espectador. Un anonimato que refuerza la inseguridad de la joven frente a la sombra de la difunta Rebecca, intensificando el conflicto psicológico de la cinta.



A la derecha, portada del libro de Daphne du Maurier, de ediciones G.P. de 1965.

A izquierda, cartel de la película. Imagen de dominio público

[https://es.wikipedia.org/wiki/Rebecca_\(pel%C3%A1cula\)#/media/Archivo:Rebecca_\(1939_poster\).jpeg](https://es.wikipedia.org/wiki/Rebecca_(pel%C3%A1cula)#/media/Archivo:Rebecca_(1939_poster).jpeg)

El público femenino empatizó con ese carácter tímido y vulnerable de la protagonista y con su sencilla vestimenta, en contraste con la sofisticación de Rebecca. Así, la chaqueta de punto abotonada con cuello caja, discreta y juve-

* Juan José Jurado Soto es maestro y psicopedagogo. Ha ejercido como funcionario en colegios e institutos públicos de la Comunidad de Madrid. Lleva casi 40 años publicando libros y artículos de temas diversos, gran parte de ellos relacionados con la educación. También ha ilustrado algunas de sus obras y de otros autores.

nil, que lucía, se convirtió en todo un símbolo con el que muchas mujeres en España trataron de identificarse.

Ese tipo de chaqueta de punto también es conocida como *cárdigan*, una palabra que proviene del británico James Thomas Brudenell, séptimo *conde de Cardigan*, (1797 –1868), un militar que popularizó una prenda similar durante la Guerra de Crimea.

CUELLO PERKINS

El *cuello Perkins* es un tipo de cuello de jersey, ajustado, que es más alto que un cuello redondo normal pero mal bajo que un cuello de cisne. Su nombre procede del protagonista de la película *Psycho*, en España *Psicosis* (1960), de Alfred Hitchcock, interpretado por el actor Anthony Perkins.

El argumento del filme gira en torno a Norman Bates, un hombre aparentemente tímido y retraído que administra un Motel, donde se desarrollan los sucesos macabros de esta icónica obra del cine de terror. Su famosa escena de la ducha, se ha convertido en una de las secuencias más famosas de la historia del cine.

Hitchcock quería que el actor protagonista, pareciera un joven tímido y normal, alguien que no despertara sospechas. Por ello pensó que vistiese ropa muy sencilla, como camisas de cuadros, pantalones discretos y jerséis de lana de cuello característico. Un vestuario ideado para transmitir inocencia y anonimato, que debería ser parte esencial del engaño narrativo, haciendo más impactante la revelación final.

A diferencia de la sencillez y casi infantil vestimenta de Norman, la protagonista Marion Crane, interpretada por la actriz Janet Leigh, aparece con vestidos más ajustados y elegantes. Ese contraste visual refuerza la tensión: ella representa el mundo adulto y urbano, él la inestabilidad provinciana atrapada en la misteriosa casa junto a su madre.

Por lo tanto, el vestuario de Anthony Perkins es todo un recurso narrativo que convierte a Norman Bates en un personaje inquietante. Su jersey de lana, que usa en varias escenas, se convirtió en un ícono del personaje. Su textura cálida y hogareña contrasta con la violencia que oculta, subrayando la dualidad de Norman: amable - perturbado. Un estilo que marcó un referente en el cine de terror psicológico, siendo imitado, décadas después, en películas y series que buscan retratar a un “asesino aparentemente normal”.

La película *Psicosis* está basada en la novela *Psycho* escrita por el estadounidense Robert Bloch en 1959, un autor especializado en terror y suspense. El escritor se inspiró en una historia real: el caso de Ed Gein, un asesino de Wisconsin que vivía aislado y tenía una relación enfermiza con la figura materna.

A diferencia de la película donde Hitchcock presenta a Norman Bates como un joven atractivo y supuestamente inofensivo, en la novela es descrito como un hombre de mediana edad, obeso y alcohólico. La violencia y el terror psicológico se muestran de manera más explícita en la película, mientras que la novela se centra más en la mente perturbada de Norman.



A la derecha, portada del libro de Robert Bloch, de ediciones G.P. Policiaca de 1961.
A izquierda, cartel de la película. Imagen de dominio público <https://www.publicdomainpictures.net/es/view-image.php?image=531126&picture=cartel-de-pelicula-vintage>

Además de *Psicosis*, la figura de Ed Gein influyó en la creación en otras películas de terror como *El silencio de los corderos* o *La matanza de Texas*.

La prenda que popularizó el famoso *cuello Perkins*, se conoce como suéter, pulóver o jersey. Suéter proviene del inglés *sweater*, que a su vez deriva del verbo *to sweat* ("sudar"), más el sufijo *-er*, traducido literalmente como: "el que hace sudar". Pulóver del inglés *pullover*, que significa "ponerse tirando por encima". Jersey es un claro ejemplo de topónimo geográfico: la palabra viene del inglés *jersey*, nombre de la isla británica de Jersey en el Canal de la Mancha; un lugar donde, desde la Edad Media, se tejían ropas de lana muy apreciadas, y cuyo término pasó a designar tanto el tejido como la prenda de punto que conocemos hoy.

KATIUSKA

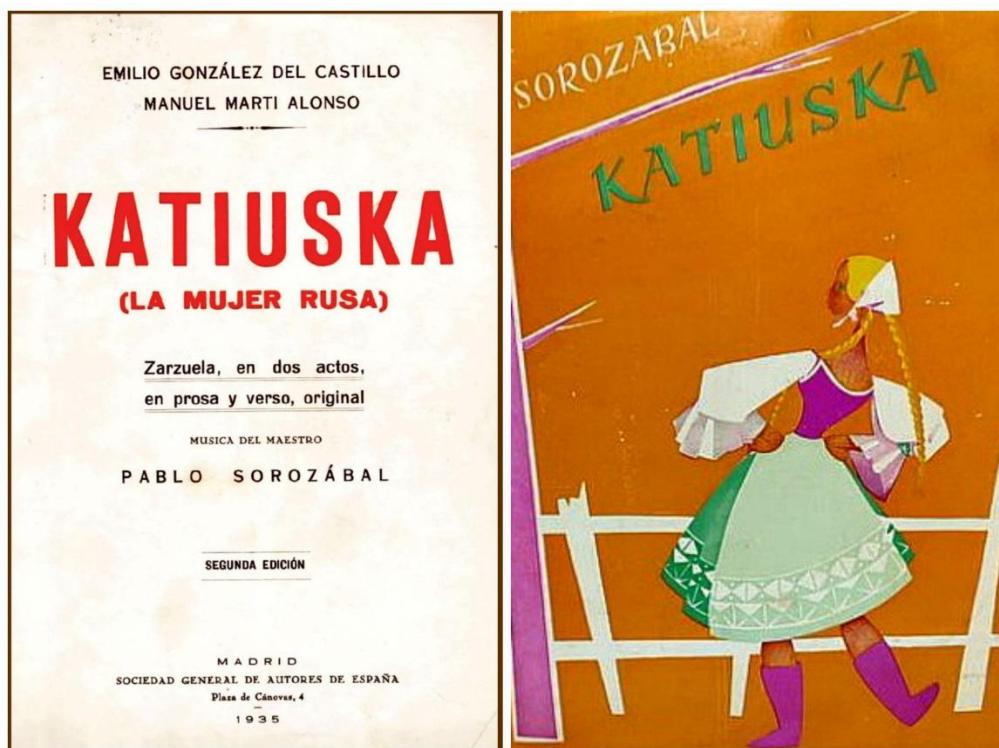
La *katiuska* es una bota de goma o material impermeable para protegerse del agua que llega hasta media pierna o hasta la rodilla. Un práctico calzado muy atractivo para los niños y niñas, ya que pueden pisar y chapotear los charcos de lluvia, sin mojarse los pies y sin recibir reprimendas.

El origen de este peculiar nombre dado en España a las botas de agua impermeables, es ruso, y se debe a una zarzuela estrenada en Barcelona en 1931 titulada *Katiuska, la mujer rusa*. Aunque este tipo de botas ya existían en nuestro país antes de dicha zarzuela, fue a raíz de ella cuando se popularizó el nombre de *katiuska*.

Los autores del libreto son Emilio González del Castillo y Manuel Martí Alonso y la música es obra de Pablo Sorozábal. La protagonista, es una joven llamada *Katiuska* (diminutivo ruso de *Ekaterina*, "Catalina"), que vestía unas botas altas que llamaron la atención del público. El éxito de la obra llevó a que la gente empezara a llamar *katiuskas* a las referidas botas impermeables, un término que se extendió rápidamente. Así, actualmente es más común hablar

de *katiuskas* que “botas de goma” o “botas de lluvia”, con independencia de la marca o el diseño que presenten.

En otros países, las botas de agua reciben nombres distintos, por ejemplo: *wellies* en Inglaterra o *galoshes* en EE. UU., pero en España la zarzuela *Katiuska* marcó la diferencia.



A la izquierda, del libreto de la zarzuela *Katiuska*, publicado en 1935. A la derecha, detalle de la portada del disco LP, de dicha zarzuela, de Hipavox, 1958.

PAMELA

Pamela es un nombre propio femenino creado por el poeta inglés Philip Sidney (1554 – 1586) para su obra *Arcadia* (1580). Para ello, unió las raíces griegas *pan* (“todo”) y *meli* (“miel”), con la idea de definir a alguien que es “toda miel”.

Pero *pamela* también es un nombre común. Se trata de un sombrero femenino de ala ancha y copa baja, tradicionalmente hecho de paja, usado para protegerse del sol.

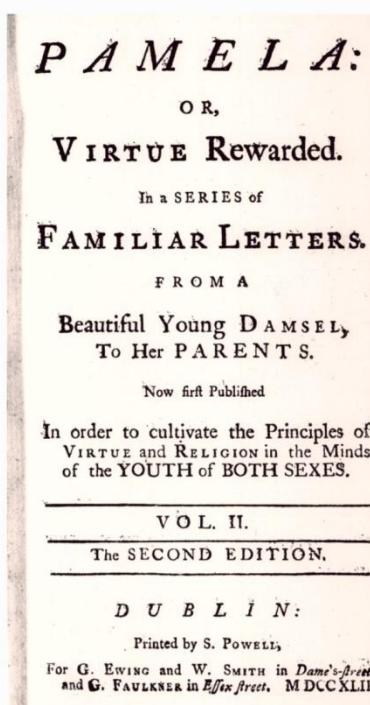
Un nombre común que, como el nombre propio, también tiene su origen en la literatura inglesa. En este caso, proviene del nombre de la protagonista de la novela *Pamela, o la virtud recompensada* (1741), novela epistolar de Samuel Richardson (1689 - 1761), quien solía aparecer en la obra con ese tipo de sombrero.

La novela es considerada por muchos autores como una de las bases de la narrativa inglesa moderna. La joven protagonista se ve envuelta en una historia sentimental, con diferencia de clases, matrimonio y final feliz. Después de publicada, la novela fue muy criticada, entre otras cosas por el tratamiento de temas sexuales explícitos. A pesar de ello, tuvo un tremendo éxito, consiguiendo ser un superventas de su época.

Además de su uso en contextos veraniegos, la *pamela* es también un accesorio habitual en bodas diurnas y en carreras de caballos como Royal Ascot,

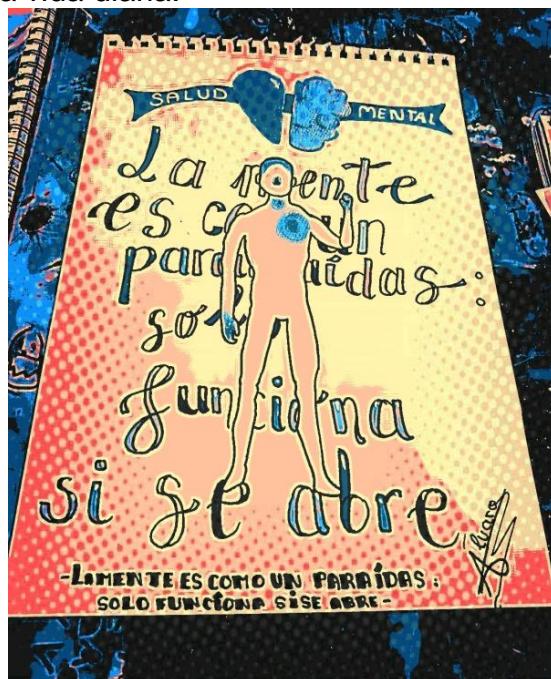


donde su tamaño y diseño suelen ser más elaborados y extravagantes, acordes al carácter festivo del evento.



A la izquierda, página de una edición irlandesa de 1742. A la derecha, *Paseo a orillas del mar* (1909), de Joaquín Sorolla; licencia CC BY-SA 4.0 https://es.wikipedia.org/wiki/Paseo_a_orillas_del_mar#/media/Archivo:Museo_Sorolla_00834 - Paseo_a_orillas_del_mar.jpg

Literatura vestida. Detrás de prendas como la *rebeca*, el *jersey de cuello Perkins*, las *katiuskas* o la *pamela* hay historias que pasaron de la literatura y el espectáculo al lenguaje cotidiano y la moda, recordándonos cómo la cultura se entrelaza con nuestra vida diaria.



Cine y literatura



Stephen King: denominación de origen

Fernando Martín Pescador



Cartel de la película

The Life of Chuck (*La vida de Chuck*), dirigida por Mike Flanagan, Intrepid Pictures, QWGMire & Red Room Pictures, 2024.

The Running Man, dirigida por Edgar Wright, Paramount Pictures, 2025.

The Long Walk (*La larga marcha* en España y *Camina o muere* en Hispanoamérica), dirigida por Francis Lawrence, Vertigo Entertainment New Line Cinema & Lionsgate Films, 2025.

Stephen King es el autor vivo cuyas obras han inspirado más adaptaciones cinematográficas. Más de ochenta, si hablamos de series y películas. Sesenta y seis, si solo tenemos en cuenta los largometrajes. Solo otro autor, William Shakespeare, ha inspirado más obras del séptimo arte. En la actualidad tenemos tres películas en la cartelera española inspiradas en relatos de King y, a comienzos de 2025 hubo una más, *The Monkey* (*El mono*, dirigida por Osgood Perkins, 2025). Incluir su nombre en los créditos y en los carteles de las películas se ha convertido en un reclamo, en la garantía de una denominación de origen.

Stephen Edwin King nació en Portland, en el estado de Maine en 1947. Cuando tenía dos años, su padre los abandonó. Su madre sacó adelante a su hermano mayor y a Stephen pasando grandes penurias económicas. King estudió Filología Inglesa en la Universidad. Allí conoció a su mujer con la que está casado desde 1971. Tienen tres hijos.

En 1974 publicó su primera novela, *Carrie*. La edición de bolsillo vendió un millón de ejemplares en menos de un año. En 1977 publicó *El resplandor* (*The Shining*), que fue llevada al cine por Stanley Kubrick en 1980. No es ni la mejor novela de King, ni la mejor película de Kubrick. Sin embargo, la interpretación de Jack Nicholson y algunas de las imágenes del largometraje han pasado a la historia del cine. A Stephen King no le gustó la versión de Kubrick, por lo que decidió escribir el guion de una miniserie con el mismo título, dirigida por Mick Garris, que se estrenó en 1997 y tuvo como localización el Hotel Stanley, en el estado de Colorado, hotel en el que se inspiró para escribir *El Resplandor*. De hecho, la historia refleja un momento de la vida de King, quien, durante esa década, tuvo serios problemas de alcoholismo.

En 1977, además de seguir publicando con su nombre, King decide comenzar a firmar una serie de libros con un pseudónimo, Richard Bachman. Según el escritor, dos fueron las razones para hacerlo. Por un lado, ya se había dado cuenta de que su nombre se había convertido en un sello de garantía. Sus libros ya venían con una denominación de origen. Stephen King sentía curiosidad por ver si sus libros vendían más sencillamente por ir firmados con su nombre. Enseguida se dio cuenta de que eso era así: vendía mucho menos con la firma de Richard Bachman. La segunda razón para inventarse un escritor nuevo (en su autobiografía ficticia, Richard Bachman era un granjero de New Hampshire que había trabajado en la marina mercante y había perdido un hijo en un terrible accidente) era para sortear una regla no escrita por la que las editoriales estadounidenses no querían publicar dos libros del mismo autor en un mismo año.

Curiosamente, dos de las películas que en estos momentos tenemos en cartelera fueron firmadas originalmente con el nombre de Richard Bachman: *The Long Walk* (*La larga marcha*, 1979) y *The Running Man* (la traducción del libro publicado en 1982 llevaba el título de *El fugitivo*). Ambas historias parten de

una premisa muy similar: en un Estados Unidos distópico, los protagonistas, que viven en una pobreza extrema, se ven obligados a concursar en un programa televisivo en el que, si pierden, son ejecutados delante de las cámaras. Mientras que *La larga marcha* no ofrece mucho más que un poco de entretenimiento, *The Running Man* es una película de acción trepidante que mantiene al espectador en una montaña rusa durante todo el metraje. Es también el mejor papel de Glen Powell como actor protagonista, que en esta ocasión, supera con creces a Arnold Schwarzenegger en su versión de *The Running Man* (*Perseguido*) de 1987.



Fotograma de *La larga marcha*

Déjenme recomendarles las mejores películas basadas en historias de Stephen King: La mejor, sin lugar a duda, es *The Shawshank Redemption* (*Cadena perpetua*, 1994), dirigida por Frank Darabont e interpretada por Tim Robbins y Morgan Freeman en su mejor momento interpretativo. El guion lo firman el director y el propio Stephen King. En segunda posición, tal vez movido por la nostalgia, *Stand By Me* (*Cuenta conmigo*, 1987), dirigida por uno de mis directores favoritos, Rob Reiner, e interpretada por un jovencísimo River Phoenix. Stephen King es también uno de los guionistas del film. En la tercera posición de mi lista personal, va *Misery* (1990), de nuevo dirigida por Rob Reiner y pro-

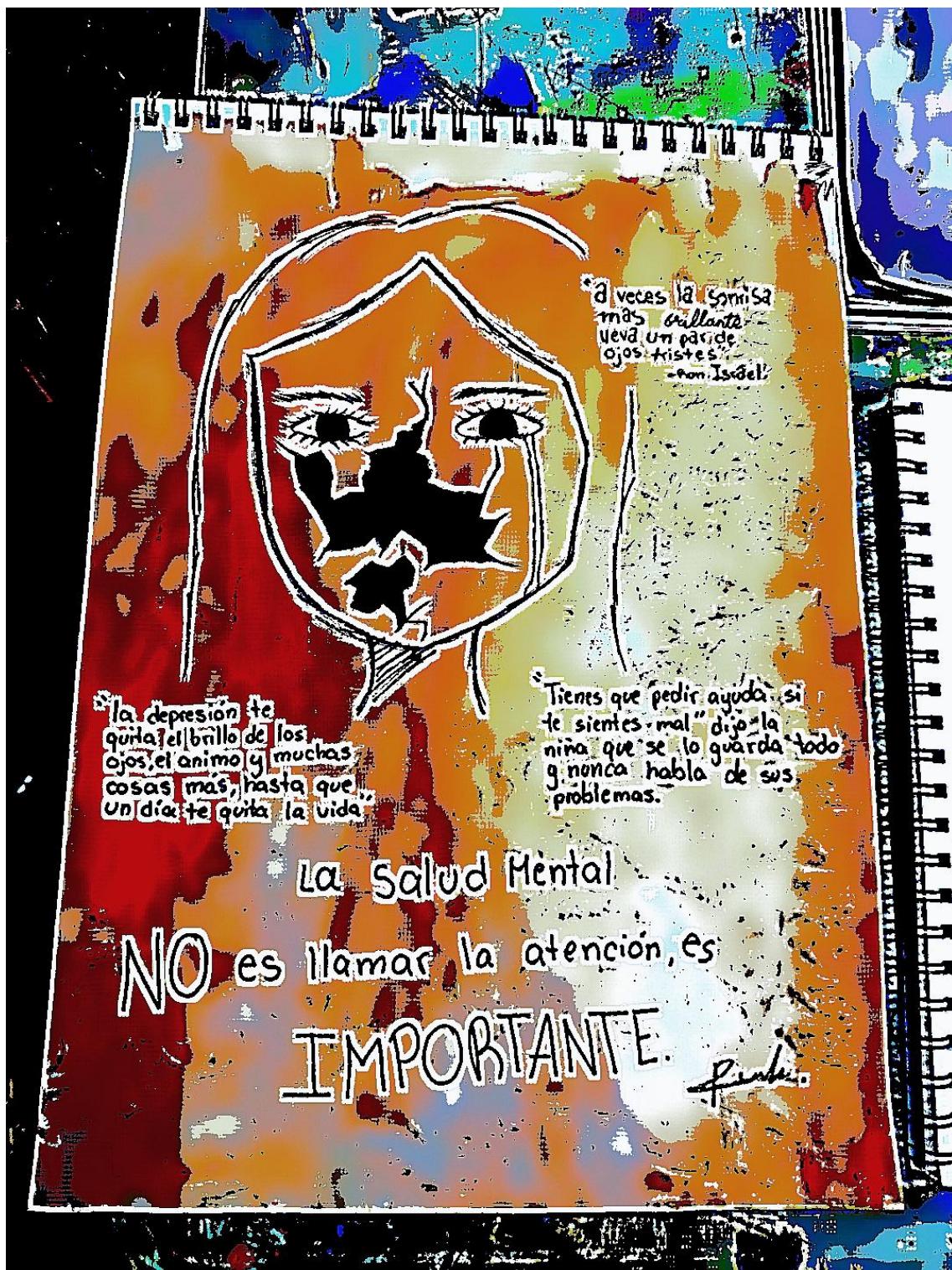
tagonizada por dos monstruos de la interpretación: James Caan y Kathy Bates. Stephen King firma el guion junto a William Goldman, el guionista de *Butch Cassidy and the Sundance Kid* (*Dos hombres y un destino*, 1969). Mi cuarta recomendación es *The Green Mile* (*La milla verde*, 1999), con un magnífico Tom Hanks. En la dirección y firma de guion, como en *Cadena perpetua*, tenemos a Frank Darabont y al propio Stephen King.

En quinta posición, a bastante distancia de las cuatro anteriores (para que nadie se emocione), viene *La vida de Chuck*, que, tras ser presentada en el festival de Toronto en septiembre de 2024 y de ganar, por sorpresa, el premio otorgado por el público del festival, no ha llegado a las pantallas de cine estadounidenses hasta junio de este año y a las españolas hasta octubre. Tal vez, en esta ocasión, la denominación de origen no ha sido suficiente. Tal vez sea necesario que la película sea de Stephen King y, además, de terror. No es el caso de *La vida de Chuck*. Es una película sencilla, dividida en tres actos que se presentan en cronología inversa. Es una película sobre el sentido de la vida, sobre la enfermedad, sobre la infancia, sobre los miedos, sobre las aspiraciones del ser humano. La tercera parte se titula como un verso de Walt Whitman, «Contengo multitudes» (*I contain multitudes*) e intenta explicar el universo que todos llevamos dentro. Un universo que desaparece cuando morimos. Sin ser fantástica, merece ser vista y recomendada. Merece la pena pensar sobre ella. No olvidemos que tiene denominación de origen.



Cartel de la película

Christine de Pizán, la primera escritora profesional
R. Kipling^{*}



* Historiador con la inquietud apasionada de mostrar la importancia de la Mujer a lo largo de la Historia.

Corría el año 1390 cuando una joven y bella mujer francesa de 25 años, felizmente casada desde los quince y madre de cuatro hijos, se deleitaba con la escritura como un divertimento impropio de una mujer de finales del siglo XIV. Su vida era un cuento rosa pero una fría tarde de Noviembre se tiñó de negro. La caprichosa muerte visitó su hogar y eligió llevarse a su compañero de vida, dejándola de un solo zarpazo, sin amor y sin futuro. Su vida acomodada desde niña no conocía este tipo de infortunios, por lo que realmente no sabía cómo debía reaccionar. Quizás el instinto de madre fue la que tiró de ella con fuerza porque la situación no pintaba nada bien. Para mal de males, nunca se había dedicado a aprender oficio alguno porque sencillamente nunca lo había necesitado, primero en la mansión paterna y después en la de su esposo. Su formación, como hija de nobles, fue muy dilatada como correspondía a una joven en la corte del rey Carlos V de Francia. Pero la fría sombra de la miseria comenzó a merodear su casa tan solo unos meses después.

La ayuda familiar pronto se iría diluyendo desde que su padre, principal valedor económico para ella y sus hijos, falleció unos meses antes que su marido. El mundo parecía haberse detenido para golpearla con fuerza, pero el destino tenía ante sí a una mujer que decidió intentar vivir con lo único que realmente conocía y le fascinaba: la escritura.

Los primeros años fueron ciertamente difíciles, pero Christine conocía perfectamente la clase social a la que pertenecía y cuáles eran sus preferencias respecto a obras literarias. Comenzó escribiendo canciones y poemas para nobles enamorados que solicitaban sus servicios de escritora. Muy pronto su fama se fue extendiendo hasta llegar a la familia del propio rey de Francia del que escribiría una biografía. Parte de su creciente clientela eran los duques de Borgoña, la delfina Margarita, Isabel de Baviera, etc. La preocupación por mantener a sus hijos iba disipándose a medida que su fama y sus obras ponían de relieve que Christine, era una escritora de gran talento y fue precisamente la seguridad económica lo que la llevó a ir un paso más allá en su obra.

En 1399 publica *L'Épistre au Dieu d'amours* (Epístola al Dios de Amores) en donde pone de manifiesto su discrepancia con el amor cortesano de la época. Para Christine de Pizán, la mujer debía tener un papel más activo en las relaciones amorosas, algo que fue duramente criticado por sus detractores. Pero el año definitivo fue 1405, que se inició con la publicación de una autobiografía *L'Avision de Christine* (La visión de Christine) en donde utiliza sus memorias para dar visibilidad a las innumerables injusticias que se cometían sobre las mujeres en el recién estrenado siglo XV. Este giro en su obra pudo haberle costado muy caro, porque el mundo literario de la época, como casi todos los contextos, era prácticamente exclusivo de los hombres, y no iban a tolerar una incursión como la de Christine criticando su posición y status. Pienso que nuestra escritora debió sopesar los pros y los contras de la situación y en su siguiente obra, a finales del mismo año, *Le libre de la cité des dames* (La ciudad de las damas) la autora utiliza un recurso literario que se llevaba empleando desde la Antigüedad. El libro nos habla de una ciudad alegórica en donde Christine va incorporando figuras femeninas ilustres, que componen el núcleo de su ciudad ficticia. Junto a ello, incorpora tres personajes fundamentales como son las tres damas coronadas: la Razón, la Rectitud y la Justicia.

Después de las críticas recibidas en su autobiografía y el peligro que pudieron suponer para su persona, decidió poner en boca de estas tres damas coronadas todas y cada una de las reivindicaciones que ella decidió lanzar al mundo. La ciudad de las damas fue su obra más famosa y se convirtió en un antecedente de lo que siglos después terminaría siendo las bases del feminismo moderno. Sus textos reivindican los derechos de una mujer que está siendo continuamente pisoteada, mancillada, y a la que la formación universitaria estaba totalmente prohibida bajo pena de cárcel. Los más de treinta libros escritos son la huella evidente de un feminismo prehistórico y una lucha por sacar a la luz el mundo de segunda en el que vivían las mujeres de su época.

Una de sus últimas obras, un año antes de su muerte en 1430, la dedicó a Juana de Arco, *Ditie de Jehanne d'Arc* (Canción en honor de Juana de Arco). Christine de Pizán consideraba a Juana de Arco la representante más fidedigna del valor y tenacidad de las mujeres y no dudó en postularse a su favor. Varios siglos después, el movimiento feminista recogió el testigo de estas mujeres, para seguir un camino que en sus orígenes fue muy complicado y difícil y que fue posible recorrer gracias al talento y la tenacidad de los que hizo gala, a lo largo de su vida, la primera autora profesional de la Historia.

EL MEJOR REGALO (Relato histórico)

Tina de Luis





Londres, 1824

Llegar a la fábrica cada mañana suponía un auténtico suplicio para Charlie. Aquel trabajo y aquel ambiente, en su opinión inmerecidos, carcomían los cimientos de su mundo. Un mundo que se desmoronaba. La rebeldía contra el infortunio que lo había sumido en la injusticia golpeaba con saña su corazón. En cuanto se acercó a la entra- da, algunos de los empleados comenzaron a hostigarlo, como venía siendo habitual.

—¡Eh, tú, caballerito!, que te se va a *estropiar* el ropaje.

—Mirad qué bombo se da el señoritingo del pimpampum.

Las estruendosas carcajadas lo mortificaban, pero hacía oídos sordos y aguantaba inmutable el chaparrón. Uno de los provocadores se chocó con él a propósito. La paciencia de Charlie reventó y alzó el puño. Con qué ganas habría golpeado al fanfarrón, si otro de los chicos no se hubiera interpuesto. Charlie lo miró con rabia.

—No hagas caso —dijo este—, no vale la pena. Cuanto más te enfades, más te chincharán. Anda, ven conmigo. Me llamo Fran, ¿y tú?

Charlie farfulló su nombre con desgana y pasó al interior. Con apenas doce años, le esperaba una interminable y tediosa jornada de trabajo: diez largas horas de pegar etiquetas en botes de betún. Fran, el mediador en el acoso, se sentó a su lado. Charlie reparó en sus botas desgastadas, con enormes agujeros taponados con cartón. Aunque hasta ese momento no se hubiera percatado de ello, advirtió que el calzado de los demás no se hallaba en mejores condiciones. Le resultaba irónico que los trabajadores del betún fueran justo los que no podían permitirse usarlo. «Tanta crema, tantos botes... ¡Ni que la fábrica Warren's boot-blacking suministrase betún al mundo entero! Demasiados zapatos por lustrar y demasiada gente sin zapatos», lamentó.

Terminar el trabajo y salir del pequeño taller, mal ventilado y húmedo, con ventanas que daban directamente al Támesis, generaba tal satisfacción que la densa bruma de la calle parecía una caricia. Se alejó deprisa para distanciarse de los demás. Sus pensamientos saltaron del betún a su propia realidad: se sentía solo, muy solo; insignificante y desatendido incluso por su propia familia. Su infancia, hasta entonces medianamente feliz, se había vuelto tan negra como el betún por culpa de su padre, asfixiado por las deudas, al no saber ceñirse a sus posibilidades económicas. A su hermana mayor, Fanny, aun en tan desesperadas circunstancias, le permitieron continuar con sus estudios. A él, en cambio, le habían robado la oportunidad de estudiar, que tanto anhelaba. Sentía envidia del trato preferencial que recibía su hermana. Apretó los puños hasta clavarse las uñas en la carne. El ruido de unos pasos interrumpió sus reflexiones. Fran caminaba detrás de él.

—¿Te importa si te acompañó? —preguntó el chico.

Fran no esperó respuesta, se pegó a Charlie y entabló conversación.

—No estés disgustado con los chicos, solo bromean contigo porque eres diferente, más... distinguido, mejor hablado; pero lo hacen sin mala idea, no se lo tengas en cuenta. Con tan pocas ocasiones para divertirse, no es cuestión de desaprovechar las que se presentan.

Charlie lo observó de reojo: vestía una camisa raída y llena de remiendos, que se adentraba en unos enormes pantalones, sujetos a la cintura con un cordel. Le sorprendió tan poca ropa para un abril más frío de lo debido y una niebla que calaba hasta los huesos. Sin embargo, este se mostraba feliz y satisfecho.

—Gracias por ayudarme —contestó Charlie—, a veces me siento tan humillado que me cuesta controlarme.

—No te preocupes, yo me encargaré de que no te molesten más. ¿Dónde vives?

—En Little College Street. ¿Tú también vas en esa misma dirección?

—¿Yo? —Fran se echó a reír— ¡Ya me gustaría! Vivo en la zona sur del Támesis, pero te acompañaré un rato; no tengo nada mejor que hacer. Comparto con cuatro camaradas una cabaña abandonada, bastante alejada del río. Ni siquiera conocí a mis padres, me crié en un orfanato hasta que me echaron a la calle. Tenían muchas bocas a las que alimentar y poca manduca. Ya sabes, corren tiempos difíciles. Desde entonces me las arreglo por mi cuenta. Este trabajo es importante para mí, ya no tengo que hurtar ni mendigar, me permite vivir decentemente.

—¡Vaya! ¡Lo siento!

—¡Qué va!, no lo sientas. Si estoy en racha: tengo comida, un techo, y hasta voy ahorrando algunas libras. Tal vez, algún día consiga una vivienda digna. Comparado contigo no es gran cosa, pero cuando se ha vivido en la pobreza más absoluta...

—¿Comparado conmigo? Mi vida es un asco, una horrible pesadilla. ¿Por qué, si no, iba a trabajar en la fábrica? Mi padre está... Bueno, dejémoslo, quizás te cuente mi historia más adelante.

Fran no se atrevió a seguir preguntando y Charlie no añadió nada más. ¡Cómo decirle a ese chico que su padre estaba en la prisión de Marshalsea por deudor! Que su madre y sus hermanos malvivían con él en la cárcel y en la más absoluta miseria, que dependían de sus seis chelines semanales, o de lo que quedaba de ellos después de pagar a la señora Roylance el hospedaje en su pensión. Fran, muy animado, continuó con la plática. El corazón de Charlie se ablandó al darse cuenta de que el chico se conformaba y valoraba lo poco que tenía. Comprendió que bajo aquellos andrajos se

escondía un alma noble. A partir de aquel día Fran no se apartaba de su lado, lo trataba casi como a un hermano. Gracias a él las burlas se terminaron.

Hasta en prisión enarbola John Dickens su elegancia y distinción ante los otros presos. Ni un solo domingo, en las visitas de su hijo, dejaba de repetirle: «¡Las deudas son solo temporales, hijo mío! ¡Los caballeros siempre vuelven a levantarse!». Charlie llegó a odiar la frase, porque él iba aprendiendo que los niños pobres pocas veces se levantan. Si su padre no hubiera pretendido equipararse, precisamente, a un caballero y no hubiera despilfarrado el dinero, con el salario de oficinista en la Pagaduría de la Armada habrían vivido al menos, si no como caballeros, con dignidad y la suficiente holgura económica.

Gracias al pequeño legado de la abuela paterna, su padre quedó libre en el mes de mayo. Alquilaron una habitación en Bayham Street (Camden Town), una calle mísera y tomada por las ratas. Charlie no encajaba en aquel lugar descarnado y mísero, en el que la incultura preocupaba poco. A pesar de la herencia y del paso de los meses, la madre de Charlie no le permitió dejar la fábrica. Charlie recibía lecciones de Fran acerca de la vida, y él se las compensaba con clases de lectura y escritura. El invierno, con su frío implacable, con sus copiosas nevadas y sus hielos, endureció las condiciones de vida y de trabajo. Los termómetros se obstinaban en no traspasar los cero grados ni de día ni de noche. El Támesis comenzó a congelarse parcialmente. Las chimeneas exhalaban su denso vaho gris sobre las calles blancas, y el aire lo expandía, silencioso. La nieve había cortado los caminos principales, los carruajes se veían obligados a desviarse por rutas secundarias, el comercio y el transporte fluvial quedaron bloqueados. Si ya en días normales, los dieciséis kilómetros que Charlie recorría entre ida y vuelta suponían toda una odisea para un niño de doce años, con temperaturas tan extremas, el trayecto se volvió infernal. Caminar tantos kilómetros con varios grados bajo cero, con viento del este y nieve hasta las espinillas, con resbalones, caídas y calles cortadas o intransitables que obligaban a dar rodeos y alargaban el itinerario hasta lo imposible, era desmesurado incluso para un chico tan resistente como él. Los que vivían al otro lado del río ni siquiera podían cruzarlo. Ese era el caso de Fran. A Charlie le deprimía la ausencia de su amigo. Algunos días solo se presentaron en la fábrica cuatro o cinco chicos; otros días, incluso tuvieron que cerrarla. El veinticuatro de diciembre, el dueño les permitió trabajar solo hasta el mediodía y les pidió que no volvieran hasta estar bien despejados los caminos y los puentes.

Fueron unas navidades desoladoras: la familia sentada alrededor de una chimenea de brasas, que languidecían tanto como el padre, al presuponer que no le fiarían más carbón. Unos villancicos, que se desvanecían en el filo de los labios porque las

voces se quebraban. No hubo árboles ni luces ni regalos. Como único manjar, un pudín con pasas prestadas y sabor a rancio. Charlie se tuvo que quedar en casa, sin paga, sin comida caliente, viendo a su familia hundirse en la miseria, releyendo una y otra vez aquellos libros viejos que consiguió prestados. Solo con un libro entre las manos se evadía de sus penas.

Para regocijo de Charlie, cuando tres días después de Navidad llegó al taller, se encontró a Fran esperándolo. Este lo abrazó, lleno de entusiasmo, y le entregó una libreta de regalo.

—No es gran cosa, pero es lo mejor que ha podido conseguirte *Father Christmas*. Sé que tú sabrás llenarla.

—No puedo aceptarla, Fran —mientras lo decía, pasaba ya las páginas con diligencia—.

—Por supuesto que la aceptarás. ¿O prefieres romperme el corazón? He volcado en ella todo mi cariño.

—¡Es un libro precioso!

—¡¿Un libro?! Si no es más que una simple libreta en blanco, pero me encanta tu emoción —Charlie la contemplaba extasiado—.

—¡Qué maravilla! Fíjate. Fíjate bien: aquí dentro hay fantasmas, espíritus, familias pobres y ricas, escenas navideñas, hombres codiciosos y egoístas, niños maltratados, indiferencia, amor...

Fran se rascó la cabeza. «A este chico, a veces... se le desboca la inventiva», pensó. Charlie se pasó la tarde entera cavilando sobre algún posible regalo para su amigo. Deseaba corresponder a tan buen gesto de amistad. Cuando por fin encontró algo, Fran no apareció por la fábrica, ni ese día ni los siguientes. Nunca más. Charlie indagó, preguntó... No consiguió ni el menor indicio sobre su paradero. Sin su amigo el taller se volvió más húmedo, más frío, más oscuro... Igual que su propio mundo. Su dolor era tan intenso que amortiguaba el que habitualmente sentía al romper la capa cristalizada del cubo de agua en que se lavaba las manos para seguir pegando etiquetas. Cuando los grandes bloques de hielo pasaban rozando las ventanas de la fábrica, se imaginaba en ellos a Fran, alejándose río abajo para no regresar. Su alma se congelaba. No volvió a saber de él.



Navidad, 1843

Las tenues luces de las farolas y de los hogares, salpicadas por la calle y ganándole el pulso a la niebla, personas que iban y venían animosas, niños corriendo detrás de sus aros... creaban una estampa navideña entrañable. Un hombre contemplaba el exterior desde su butaca, mientras se relajaba con el chisporroteo de las brasas. Qué poco tenía que ver esta navidad con aquella otra, cruda y gélida, que nunca abandonaría sus recuerdos. Su mente rasgó el tiempo y lo transportó a mil ochocientos veinticuatro, un año en que su suerte aún rodaba por el hielo y por el lodo. Sin embargo, como si un azar con albedrío o alguna entidad recóndita y caritativa hubieran puesto su mirada en él, el mil ochocientos veinticinco lo obsequió con cambios que transformaron e iluminaron su vida; aunque, lamentablemente, también lo alejaron de muy buenos amigos. Tres aldabonazos lo sacaron de su ensimismamiento. Al abrir la puerta, se encontró con un elegante caballero. El hombre se sorprendió.

—Buenas tardes. Usted dirá en qué puedo servirle.

—¡Mucho me ha costado encontrarte!, pero aquí estás. Delante de mis ojos. He venido a traerte un regalo. Un regalo postergado muchos años, ya que no tuve ocasión de corresponder al tuyo en su momento.

—Con todos mis respetos, yo creo que se equivoca de persona, señor.

—No. No me equivoco, Fran. ¿Tanto he cambiado que no me reconoces?

Fran, sin salir aún de su asombro, tomó el libro que le tendía el desconocido y leyó su título: «A Christmas Carol».

—Esta historia —prosiguió el recién llegado—, así como la de Oliver Twist y muchas otras que vendrán, se hallan entre las páginas de la libreta que me regalaste, ¿lo recuerdas?, y en las preciadas lecciones de la vida que aprendí gracias a ti. Lee la dedicatoria, por favor.

A ti, mi buen amigo Fran, la extraordinaria persona que tanto me ayudó. Tú me enseñaste a resistir, me hiciste ver la esencia y los auténticos valores de la vida. Te dedico este libro, junto a mi eterna gratitud, desde el más sincero y profundo cariño.
CHARLES DICKENS

—¿Charlie? ¡¡Charlie!! ¡Eres tú! ¡El famoso escritor! Debí suponerlo. Pasa dentro y siéntate, amigo mío. Tenemos tanto de que hablar. Todo nos lo contaremos.

Se fundieron en un caluroso abrazo, mientras las lágrimas que humedecían sus mejillas derretían la distancia.

Esta noche se nos muere un año

Francisco José Segovia Ramos*

"Madre: esta noche se nos muere un año"
Las uvas del tiempo, de Andrés Eloy Blanco



Madre, esta noche se nos muere un año,
y mañana seguirá estando muerto.
El recuerdo es un poso de amargura
cuando crecen las ausencias.
Estamos solos ante el mundo y la vida,
dejamos atrás las cosas que amamos,
que nos abandonan cuando la parca cruel
nos las arrebata con mano inmisericorde.
Ya no hay años nuevos, madre,
ni tardes bajo la parra y el melocotonero,
ni cuentos narrados por labios dulces
como la miel de las abejas.
Todo quedó atrás, en la pobre memoria,
que guarda viejas fotos
y alguna que otra canción de nana
susurrada en las noches desasosegadas.
Vana cosa es pretender tenerlo todo
si falta un espíritu que nos llene de vida,
que nos alimente de esperanza
y nos defienda contra el hastío.

Madre, ácidas son las uvas de la ausencia,
porque mi paladar jamás volverá a ser
el de aquel feliz niño en tu regazo.

* **Francisco J. Segovia Ramos** (Granada, 1962) ha ganado diferentes premios literarios en poesía, novela y relato. Hasta la fecha, su obra abarca varias novelas, libros de relatos y poemarios publicados. Su prosa abarca multitud de géneros, entre los que destaca el terror, la ciencia ficción, la fantasía y la novela histórica.

AGENDA

agenda

2025 - 2026

Estas son las actividades culturales previstas para la próxima temporada dentro del marco de Luciérnagas:

23 Septiembre – DÍA EUROPEO DE LAS LENGUAS

19:00 – 20:00 — Chillout Room – Escuela Oficial de Idiomas de Valdemoro

19 Oct 2025 – 2 Ene 2026 – La luz de tu querer

Exposición de Livia Organista

Milia's Coffee - Kirchstraße 10, 42103 Wuppertal Hauptbahnhof

27 Octubre – Tertulia literaria sobre el libro *Rincones de la infancia*, de Felipe Díaz Pardo

11:30 -13:30 – Fuenlabrada

28 Octubre – TARDE DE MONSTRUOS

19:00 – 20:30 – Lectura de cuentos de terror.

Noviembre – CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN

Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD

Número 114, diciembre 2025, de *La revista de Valdemoro*

21 Abril – POSEÍA POESÍA

19:15 Biblioteca Ana María Matute – Valdemoro

Primavera 2026 – PRESENCIA Y OTROS POEMAS DE JOSÉ EMILIO PACHECO

Tomás Lozano en concierto





Ilustraciones de Almudena / ARTECROMÁTICA



Portada: La torre del ojo / ARTECROMÁTICA

Página 3: Artecromática / ARTECROMÁTICA

Página 5: Agorafobia / Hugo

Página 6: Tept / ARTECROMÁTICA

Página 8: Conexiones / Daniela

Página 9: Resiliencia / ARTECROMÁTICA

Página 10: Francotirador / Eva

Página 14: Fobia social / Hugo

Página 15: TDAH / Natalia

Página 16: Trastorno del color / Soria

Página 19: Herida / ARTECROMÁTICA

Página 20: Tetris mental / Sofía M.

Página 21: El corazón de Carmen / Carmen

Página 22: Trifase / Jimena

Página 23: Esquizofrenia / ARTECROMÁTICA

Página 24: Fantasía paralela / Ángela B.

Página 25: Xilografía del crecimiento personal / Sira

Página 28: Colamental / Nayara

Página 31: Narcisismo / ARTECROMÁTICA

Página 40: Quiérete / Nuria

Página 43: Muñeca rota / ARTECROMÁTICA

Página 50: Caída libre / Álvaro

Página 55: Rota / Eva

Página 58: Alzheimer / Natalia

Página 64: Piedra, papel o tijera / Xuanyi

Página 65: Sabotaje intelectual / Sofía V.

Página 66: Los demonios de Noemí / Noemí